

## EPÍSTOLA A LOS EFESIOS

### Introducción

La Epístola a los Efesios nos ofrece la más rica exposición de las bendiciones de los santos, de forma individual, y de la asamblea, presentando al mismo tiempo los consejos divinos relativos a la gloria de Cristo. Él es contemplado como Aquel que tiene sujetas todas las cosas en su mano como Cabeza de la asamblea. Vemos a esta en las relaciones más estrechas con él, pues aquellos que la componen están con el Padre y en la posición que se les otorga con la gracia soberana. Los caminos de la gracia con la asamblea revelan a Dios desde diferentes ángulos, así en la relación con Cristo como con los cristianos. Es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y cuando este es visto como Hombre, aquel es el Dios de Cristo, su Padre, cuando es considerado el Hijo de su amor. En el primer carácter se revela la naturaleza divina; en el segundo, la estrecha relación que disfrutamos con Aquel que posee este carácter paterno, fundamentado en la dignidad de la relación que Cristo tiene con él. Esta relación, en la que por gracia estamos como esposa y miembros del cuerpo, es la fuente de bendición para todos los santos de la asamblea de Dios.

### Capítulo 1

La forma de la epístola demuestra lo mucho que era consciente el apóstol del sentimiento de la bendición de la asamblea. Después de haberles deseado gracia y paz a los santos y a los fieles<sup>1</sup> en Éfeso (de parte del Dios y Padre de los verdaderos cristianos), y de Jesucristo Señor de ellos, enseguida empieza a hablar de las bendiciones de las que participan todos los miembros de Cristo. Su corazón está lleno de las riquezas de la gracia, pues nada en el estado de los cristianos efesios es objeto de amonestación. La cercanía con Dios produce un corazón sencillo, y a nosotros es algo que nos permite disfrutar de las bendiciones divinas con sencillez, como Dios las da cuando emanan de su corazón. Excelentes por definición, las disfrutamos en relación con Aquel que nos las otorga, no siendo adaptadas meramente al estado de los que las reciben, ni a través de comunicaciones que las revelen en parte solo porque el alma no sea capaz de recibir más. En efecto, cuando nos acercamos a Dios lo hacemos de manera sencilla, de modo que todo el alcance de su gracia y de nuestras bendiciones se exhibe tal como se ven en él.

Es importante señalar de pasada dos cosas: en primer lugar, que la proximidad moral a Dios y la comunión con él son el único medio para cualquier aumento del conocimiento de sus caminos que él otorga a sus hijos, bien porque es la única posición en la que podemos percibirlos, bien porque la presencia divina no admite ninguna conducta deshonrosa ni malos pensamientos que nos priven de estas comunicaciones, incapacitándonos para recibirlas (cf. Jn 14:21-23). En segundo lugar, no se trata de que el Señor nos abandona por culpa de estas faltas o negligencias; él intercede por nosotros y experimentamos su gracia, pero ya no hay ninguna comunión o crecimiento inteligente en las riquezas de la revelación que hace de sí mismo, de la plenitud que hay en Cristo. La gracia adaptada a nuestras necesidades responde a nuestras miserias. Jesús extiende su mano según la necesidad que nosotros sentimos y que la operación del Espíritu Santo hace surgir en el corazón. Esto es gracia infinita, una dulce experiencia de la fidelidad y el amor divinos, por medio de los cuales aprendemos a discernir el bien y el mal juzgando el yo.

---

<sup>1</sup> La palabra «fieles» podría traducirse «creyentes». Se emplea como título aquí y en la Epístola a los Colosenses. Debemos recordar que el apóstol estaba en prisión en esos momentos, y que hacía años que el cristianismo existía y estaba expuesto a toda clase de ataques. Decir que alguien era un creyente como al principio era lo mismo que decir fiel. La palabra no expresa meramente que los efesios creían, ni que cada cual caminara con fidelidad, sino que el apóstol se dirigía a quienes por gracia mantenían con lealtad la fe que recibieron.

Sin embargo, la gracia tuvo que adaptarse antes a nuestra necesidad, recibir un carácter conforme a la misma, para poder responder a ella.

En casos así, el Espíritu Santo se ocupa de nosotros en gracia, y cuando hemos perdido la comunión con Dios no podemos desentendernos de nuestro retroceso sin engañarnos a nosotros mismos y endurecernos. Ay, los tratos que muchas almas tienen con Cristo apenas si reciben otros calificativos. En pocas palabras, cuando esto sucede y se origina en el corazón el pensamiento de haber pecado, nuestros tratos con el Señor deberían basarse, si hemos de ser sinceros, en la admisión —al menos de pensamiento— de que hemos actuado mal. Es la sola gracia la que nos permite de nuevo volver a tratar con Dios. El hecho de que él nos restaura intensifica su gracia ante nosotros; pero esto no es comunión. Cuando andamos con él y según el Espíritu, evitando entristecerle, este nos guarda en la comunión y el gozo de Dios, cuya fuente es verdadera y eterna. He aquí una posición en la que puede tener cuidado de nosotros, siempre que mostremos interés por todo lo que a él le es de interés, por el desarrollo de sus consejos, su gloria y bondad en la Persona de Jesucristo, el Hijo de su amor. El corazón es luego ensanchado según la medida de los objetos que lo ocupan. Esta es nuestra condición. Así pasaba generalmente con los efesios.

Hemos señalado que Pablo estaba especialmente dotado por Dios para comunicar los consejos divinos en Cristo y sus caminos, de igual modo que lo estaba Juan cuando reveló el carácter divino y la vida manifestados en Jesús. El resultado de este don particular en nuestro apóstol se halla, como es natural, en la epístola que nos ocupa. Nosotros, sin embargo, como estamos en Cristo vemos en ella una notable evolución de nuestras relaciones con Dios y de la intimidad y efecto de las mismas. Cristo es el fundamento sobre el que se edifican nuestras bendiciones. Estando en él es como podemos disfrutarlas, y de esta manera nos convertimos en los objetos reales y verdaderos del favor de Dios Padre, así como Cristo es el objeto del favor paterno. El Padre nos lo ha dado; ha muerto por nosotros, nos ha redimido, lavado y vivificado, y él nos lleva, según la eficacia de su obra y la aceptación de su Persona, delante del Padre. El secreto de todos los privilegios de la asamblea es que es bendecida con Jesús, y de este modo, visto él como Hombre, es aceptada delante de Dios. La asamblea es su cuerpo, y goza en él y por él todo lo que el Padre ha concedido al Hijo. El cristiano es amado de forma personal como Cristo lo fue en la tierra, y a partir de este momento comparte la gloria con Él ante la mirada del mundo —como prueba de que fue amado—, y en relación con el nombre paterno que Dios mantiene a este respecto (cf Jn 17:23-26). Tenemos en esta epístola al creyente en Cristo, no a Cristo en el creyente. Nos conduce más a los privilegios del creyente y de la asamblea que a la plenitud cristiana, y hallamos antes el contraste de esta nueva posición, con lo que éramos en el mundo, que la evolución de la vida de Cristo, la cual sí tenemos ampliamente desarrollada en Colosenses. Pero la presente epístola, que nos establece en las relaciones de Cristo con Dios y el Padre, y nos sienta en los lugares celestiales, ofrece aquí el carácter más elevado de nuestro testimonio.

Cristo sostiene dos relaciones con Dios Padre. Es un hombre perfecto delante de Dios y también hijo respecto a él. Nosotros tenemos el privilegio de compartir ambas, dado que él lo anunció a los discípulos antes de volver al cielo. Sus palabras fueron muy explícitas: «subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios». Esta valiosa e inapreciable verdad es el fundamento de la enseñanza del apóstol en este pasaje. Consideraba a Dios desde esta doble vertiente, como el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y nuestras bendiciones van relacionadas con estos dos títulos.

Antes de querer intentar exponer en detalle el pensamiento del apóstol, observemos que la epístola empieza íntegramente con los pensamientos de Dios y sus consejos, no con lo que es el hombre. Podemos tomar posesión de la verdad, por decirlo de alguna forma, por un extremo u otro, es decir, por el de la condición del pecador, en lo que respecta a la responsabilidad humana, o por el de los pensamientos y eternos consejos de Dios a causa de su gloria. Este último es el lado de la verdad hacia donde el Espíritu dice que nos encaminemos. Gloriosa como es en sí la redención, queda relegada en un segundo término, como medio por el cual gozamos el resultado de los consejos divinos.

Era necesario que los caminos de Dios se considerasen desde esta perspectiva, esto es, desde sus propios pensamientos, y no meramente que fueran el medio de introducir al hombre en el gozo del fruto producido. La Epístola a los Efesios, pues, nos presenta estos caminos, como la de Romanos —después de decirnos qué es la bondad de Dios— empieza con el fin del hombre, demostrando el mal y presentando la gracia que satisface y libera del mismo.

El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, habiéndonos escogido en él. El capítulo 1 ofrece una exhibición de estas bendiciones (vv 4-7) y del medio de compartirlas; los versículos 8-10, el propósito establecido de Dios para la gloria de Cristo, en quien ya las poseemos. Después los versículos 11-14 nos presentan la herencia y el Espíritu Santo, ofrecido como sello a nuestras personas y como las arras de nuestra herencia. Luego viene la oración en la que el apóstol pide que sus amados hijos en la fe —nosotros, digamos— podamos conocer nuestros privilegios y el poder que nos ha introducido en ellos, el mismo que resucitó a Cristo de los muertos y le sentó a la diestra de Dios para que los poseyera como Cabeza de la asamblea, su cuerpo, que será establecido a su lado sobre todo lo creado por ella, y él, como Hombre, heredará y llenará todo con su gloria divina y redentora. En una palabra, primeramente tenemos el llamamiento de Dios, lo que los santos son delante de él; después, y tras declarar el pleno propósito divino en cuanto a Cristo, la herencia divina en los santos; luego viene la oración, para que podamos conocer estas cosas y el poder con el que somos introducidos en el gozo de ellas.

Examinémoslas más de cerca.

Hemos visto cómo quedan establecidas las dos relaciones entre el hombre y Dios, relaciones en las que Cristo se encuentra. Él ascendió a su Dios y nuestro Dios, a su Padre y nuestro Padre. Nosotros compartimos todas las bendiciones que manan de ambas relaciones, dado que nos ha bendecido con toda bendición espiritual, sin faltar una. Pertenecen al orden más elevado, no son temporales, como sí pasaba con los judíos. Con la capacidad más exaltada del hombre renovado, podemos disfrutar de ellas porque se adaptan a una capacidad espiritual. Se encuentran también en la esfera más elevada; no están en Canaán ni en la tierra de Emanuel. Son bendiciones que se nos conceden en los lugares celestiales y nos son otorgadas de la manera más sublime, así que no dejan ninguna duda respecto a qué pueden o no compararse; están en Cristo. Las bendiciones espirituales en los lugares celestiales salen del corazón de Dios, de unos planes ajenos a las circunstancias en las que él vino a encontrarnos en el tiempo. Antes de que el mundo existiera, este era nuestro lugar en su corazón. Se propuso darnos un lugar en Cristo y nos escogió en él.

¡Qué bendición, qué fuente de gozo y de gracia ser así los objetos del favor divino y el amor soberano! Si pudiéramos medir este amor, sería por Cristo que deberíamos intentarlo al menos, por él deberíamos sentir lo que significa. Fijémonos aquí en la manera en que el Espíritu Santo nos lo hace ver todo el rato, que todo está en los lugares celestiales en Cristo. Dios nos escogió en él para la adopción por Jesucristo. Fuimos hechos aceptos en el Amado. Este es aquí uno de los principios fundamentales de la enseñanza del Espíritu. El otro es que la bendición tiene su origen en Dios, el origen y el Autor. Su corazón —si así podemos expresarlo— y mente forman la fuente y capacidad. En consecuencia, solo en Cristo podemos formarnos cualquier idea de aquello que es inmensurable, pues él es de manera completa y suficiente el placer divino. El corazón de Dios halla en él un objeto en el que expresar sobradamente sus sentimientos y ejercitar su amor infinito.

Luego la bendición es de Dios; con él y delante de él puede gratificarse y satisfacer su amor. Es él quien nos ha escogido y predestinado, nos ha bendecido para que podamos estar en su presencia como hijos adoptados. Así funciona la gracia, sobre estas principales bases. Por consiguiente, es lo que a esta le agradó hacer por nosotros.

Hay algo más que hemos de destacar. Somos escogidos en él antes de la fundación del mundo. La expresión no se refiere simplemente a la soberanía divina. Si Dios escogiera para sí algunos hombres, lo haría con igual soberanía que antes de crear el mundo, lo cual demuestra que nosotros, en los consejos divinos, pertenecíamos mucho antes a un sistema establecido en

Cristo, pero no mundano, ya que continuará existiendo mucho después de la desaparición de la jerarquía terrenal. He aquí un aspecto importantísimo del sistema cristiano. La responsabilidad entró (para el hombre, naturalmente) con la creación de Adán. A nosotros se nos dio nuestro lugar en Cristo antes de la creación del mundo. Toda esta responsabilidad siguió desarrollándose hasta la cruz y allí terminó. Inocentes al principio, pecadores sin ley después, gobernados más tarde por ella y hallados culpables en todos los aspectos, la gracia divina llega en bondad al mundo de pecadores y se encuentra con que el amor de Dios es rechazado. El mundo quedó juzgado y los hombres se perdieron, y esto es lo que aprende el individuo sobre sí mismo. La redención se cumplió y el pleno propósito y divino consejo en la nueva creación con el Cristo resucitado, el postrer Adán, se manifestaron: el misterio escondido de siglos; mientras, la responsabilidad del primer hombre se sometía a prueba. Comparad 2Tm 1: 9-11 y Tit 1:2, donde se expone claramente esta verdad.

Esta gracia y responsabilidad no pueden realmente reconciliarse si no es en Cristo. Los dos principios podían encontrarse en sendos árboles del jardín. Luego vino la promesa incondicional a Abraham, lo que puede darnos a entender que la bendición era por la gracia gratuita; luego la ley reveló las dos, pero puso la vida como resultado de la responsabilidad. Cristo, la vida, vino tomando sobre sí el resultado de esta responsabilidad para los que en él creen, y se convirtió, como Hijo divino y Cabeza resucitada, en la fuente de vida que quitó nuestro pecado. Resucitados con él, no solo hemos recibido la vida, sino que estamos conjuntamente en una nueva posición vital fuera de la muerte, y tenemos una porción según los consejos establecidos en él antes de la fundación del mundo, de acuerdo a la justicia, y a la redención como nueva creación, de la que es cabeza el segundo Hombre. El siguiente capítulo explicará cómo fuimos llevados a este lugar.

Dijimos que Dios se revela bajo dos caracteres y desde su relación con Cristo; él es Dios y Padre. Nuestras bendiciones se relacionan con esto, es decir, con su perfecta naturaleza divina y con la intimidad de una relación positiva con él. El apóstol no toca aún el asunto de la herencia ni de los consejos divinos respecto a la gloria, de la que Cristo tiene que ser el centro total, sino de nuestra relación con Dios, de lo que somos con él y delante de él, no de nuestra herencia ni de aquello que él nos ha hecho ser o nos ha dado. En los versículos 4-6 se desarrolla nuestra porción en Cristo delante de Dios. El versículo 4 depende del nombre divino; el versículo 5, del nombre paterno.

El carácter de Dios se describe en lo que se atribuye a los santos (v 4). Él tiene su propio deleite moral y se deleita en aquello que se le asemeja moralmente. Es un principio universal. Alguien honrado no puede complacerse en nadie que no se le asemeje en su honradez. Todavía con más razón sería Dios incapaz de soportar lo que contrastara con su santidad, dado que en la actividad de su naturaleza debe rodearse de aquello que ama y con lo que encuentra placer. Cristo es todo eso. Personalmente, es la imagen del Dios invicto. El amor, la santidad y la perfección sin mancha en todos sus caminos convergen en él, y Dios nos ha escogido en Cristo. A este respecto, en el versículo 4 tenemos nuestra posición. En primer lugar, estamos delante de él, pues nos introduce en esta presencia. El amor de Dios debe actuar así para satisfacerse, pero el amor que está en nosotros también tiene que hallarse en una posición donde tenga su objeto perfecto y exista la perfecta felicidad. Como consecuencia de todo ello, es inevitable que hayamos de ser como Dios. Él no podía llevarnos a su presencia para tomar placer en nosotros y admitir al mismo tiempo unos objetos que no le deleitaran. Por tanto, nos escogió en Cristo para ser santos y sin mancha delante de él en amor. Es santo en su carácter, sin culpa en todos sus caminos y amor en su naturaleza. La presencia divina describe una posición de perfecta felicidad, la de poder ser iguales a Dios en Cristo, el objeto y la medida de los afectos divinos. Él se complace en nosotros; como poseemos una naturaleza como la suya, en cuanto a cualidades morales, somos capaces de gozar plenamente de esta naturaleza sin ningún tipo de barreras y de forma perfecta. Se debe a su propia elección y afecto que nos han situado allí, y como somos su eterno deleite, el lugar que ocupamos es digno. El corazón obtiene su descanso en esta posición, pues hay una conformidad de nuestra naturaleza a la divina, para la que también

fuimos escogidos, y que muestra el afecto personal que Dios tiene por nosotros. Existe asimismo un objeto perfecto y supremo con el que permanecer ocupados.

Destaquemos aquí que, en la relación de la que estamos hablando, la bendición se vincula a la naturaleza divina; por tanto, no se dice que estemos predestinados a esto conforme al beneplácito de su voluntad. Somos escogidos en Cristo para ser bendecidos en su presencia; es la gracia infinita, pero el disfrute de Su naturaleza no podía ser menos de lo que es —ni podía ser menos nuestro gozo en él—, porque así es Su naturaleza. La felicidad no podría hallarse en otro lugar ni en nadie más.

En el versículo 5 llegamos a los privilegios personales, y nosotros estamos predestinados a estos privilegios. «Habiéndonos predestinado para ser adoptados conforme al beneplácito de su voluntad». Aquí se establece, no la naturaleza de Dios, sino la intimidad, como hemos dicho, de una relación positiva. A partir de este punto, se trata del beneplácito de su voluntad. Podrá tener a ángeles ante él que le sirvan, pero fue su voluntad tener hijos.

Tal vez podríamos decir que si fuese posible que alguien pudiera tomar placer en la naturaleza divina, apenas podría concebirse esto fuera de una relación íntima; pero la forma y el carácter de esta relación dependen en realidad de la soberana voluntad de Dios. Como poseemos estas cosas en Cristo, el reflejo de esta naturaleza divina y la relación de hijos son inseparables, ya que las dos están unidas a nosotros. Hay que tener presente que nuestra participación en estas cosas depende de la voluntad soberana de Dios Padre. En cuanto al medio de compartirlas, y cómo las compartimos, se debe a que estamos en Cristo. Según su soberana bondad y consejos amorosos, Dios Padre nos escoge para tenernos cerca de él, cuyo propósito de unirnos a Cristo, como en el anterior, queda firmemente expresado en este versículo. No se trata solo de que nuestra posición sea característica de este vínculo, sino que el Padre se da a conocer de un modo peculiar respecto a esta relación. El Espíritu Santo no se contenta con decir «habiéndonos predestinado para ser adoptados», sino que añade «como hijos suyos». Podríamos decir que esto está implícito en la palabra adoptados. El Espíritu siempre nos detalla estos pensamientos: que el Padre nos escoge para tenernos en una relación filial estrecha. Somos hijos para él por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad. Si Cristo es la imagen del Dios invisible, nosotros llevamos esta impronta cuando somos escogidos en él, y si Cristo es Hijo, entramos en esta relación filial.

Estas son, pues, nuestras tan preciadas y magníficas relaciones en Cristo con Dios Padre. Son los consejos divinos. Todavía no vemos nada de la condición anterior de quienes tenían que ser llamados a esta bendición. Se trata de un pueblo y de una familia celestial, a juzgar por los propósitos y consejos de Dios, el fruto de sus pensamientos eternos y de su naturaleza amorosa, lo que aquí se da en llamar la «gloria de su gracia». No podemos glorificar a Dios añadiendo nada. Él se glorifica a sí mismo cuando se revela. Todo esto es, evidentemente, para alabanza de la gloria de su gracia, con la que ha actuado en Cristo y por la que se constituye en la medida y forma de esta gracia por nosotros; con él compartimos la alabanza. Toda la plenitud de esta gracia se revela en sus caminos con nosotros, en los pensamientos originales, por así decir, de Dios, que no tienen otra raíz que él mismo, y en los que se glorifica llevándolos a cabo. Démonos cuenta de que el Espíritu no dice, al final del versículo 6, «el Cristo». Cuando habla de él, pone de relieve los pensamientos de Dios, quien ha actuado en gracia con nosotros en el Amado, en el que es especialmente el objeto de sus afectos. El Espíritu pone de manifiesto esta característica de Cristo al hablar de la gracia que se nos da en él. ¿Existía antes un objeto especial del amor y del afecto divinos? Él nos ha bendecido en este objeto. ¿Dónde nos halló cuando quería traernos a esta posición gloriosa? ¿Qué escoge para bendecir de esta manera? A pobres pecadores muertos en sus delitos y pecados, esclavos de Satanás y de la carne.

En Cristo vemos nuestra posición en los consejos divinos, también la redención que nos llevó allí. A través de su sangre tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados. A cuantos él quiso bendecir, eran pobres y miserables en su pecado, y ha actuado por ellos conforme a las riquezas de Su gracia. Vemos que el Espíritu expone en este pasaje, antes del estado pecaminoso del cual fueron sacados, los eternos consejos divinos en relación con los

santos en Cristo. Toda la mente divina respecto a los santos se revela en sus consejos, y en ellos se glorifica. Entonces se dice que lo que él creyó bueno hacer con los santos obedecía a la gloria de su gracia. Se ha revelado en sus consejos y gracia gloriosa. En su obra, se acuerda de nuestras miserias y de lo que nos falta, pues con nuestra pobreza y necesidad participamos como objetos de las riquezas de su gracia. Él es rico en gracia. Así queda ordenada y establecida nuestra posición según estos consejos, mediante la eficacia de la obra de Dios en Cristo. Si tenemos que pensar dónde se revelan sus pensamientos y consejos, puesto que la remisión y la redención provienen de ellos, no debemos guiarnos por nuestra necesidad, sino por las riquezas de la gracia de Dios.

Todavía hay más: habiéndonos puesto en esta relación, nos revela sus pensamientos respecto a la gloria cristiana. Esta misma gracia nos ha hecho los depositarios del propósito establecido de sus consejos en relación con la gloria universal de Cristo para la administración de la plenitud de los tiempos, lo que constituye un inmenso favor que nos ha sido concedido. A nosotros nos interesa la gloria de Cristo del mismo modo que ser bendecidos en él. Nuestra comunión con Dios y perfección ante su presencia nos capacitan para mostrar interés en dichos consejos, en lo que atañe a la planeada gloria de su Hijo. Esto nos lleva a la herencia (cf. Jn 14:28). Aunque Abraham estaba en un terreno inferior, era el amigo de Dios; en cambio, nuestro Padre nos ha concedido disfrutar de todas las bendiciones en los lugares celestiales, y quiere unir todas las cosas en el cielo y en la tierra bajo Cristo como cabeza. Nuestra relación en todo ello es llevada bajo su control, así como nuestra relación con Dios Padre depende de nuestra posición en él, pues en él tenemos la herencia.

El beneplácito divino fue juntar todo lo creado poniéndolo bajo el control de Cristo. Este es su propósito para la administración de los tiempos en los que se manifestará el resultado de todos sus caminos<sup>2</sup>. Heredamos en él nuestra parte como herederos de Dios; como dicen otros pasajes, somos coherederos con Cristo. El Espíritu nos enseña cuál es la posición en virtud de la que nos ha tocado la herencia, antes de presentárnosla, y que se atribuye a la voluntad soberana de Dios, tal como hizo respecto a nuestra relación especial de hijos delante de él. Démonos cuenta de que en la herencia seremos para la alabanza de su gloria, como en nuestra relación con él somos para alabanza de la gloria de su gracia. Manifestados en posesión de la herencia, exhibiremos su gloria, visible a la sazón en nosotros, pero nuestra relación con él y en su presencia será para nuestra alma el fruto de la gracia infinita que nos situó en ella y nos ha capacitó para disfrutarla.

Así son los consejos de Dios Padre cuando se otorgan al Cristo Hombre. Unificará en él, como cabeza, todas las cosas. En cuanto a nuestra relación con el Padre, es en él que tenemos nuestra verdadera posición, como con la herencia otorgada. Estamos unidos a Cristo en lo que respecta a todo lo que está sobre nosotros y a lo que hay en la tierra. El apóstol habla de los cristianos judíos que han creído, antes de que él se manifieste; es lo que da expresividad al pasaje «nosotros, los que ya antes esperábamos en Cristo». Si puedo aventurarme a utilizarlo de diferente manera: «nosotros, los que previamente confiamos en Cristo»; es decir, que confiamos en él antes de que quisiera manifestarse. El remanente judío de los últimos días creerá (como Tomás) cuando le hayan visto. El apóstol habla de aquellos judíos que ya habían creído.

El versículo 13 propaga la misma bendición a los gentiles, lo que propicia la ocasión de presentar otra inestimable verdad con relación a nosotros, cierta en cada creyente, pero que

---

<sup>2</sup> Será un espectáculo soberbio, como resultado de los caminos divinos, ver todas las cosas unidas en una paz perfecta bajo la autoridad de un Hombre, del segundo Adán, el Hijo de Dios. Nosotros asociados con él, y compañeros en la misma gloria celestial, como objetos de los eternos consejos de la divinidad. No detallaré mucho esta escena, porque el capítulo que estamos considerando dirige nuestra atención a las comunicaciones de estos consejos al respecto, no a la escena en sí. El estado eterno en que Dios será todo en todos es otra cosa. La administración de la plenitud de los tiempos es el resultado del gobierno de sus caminos; el estado eterno, el resultado de la perfección de su naturaleza. Nosotros somos introducidos en este gobierno como hijos asemejados a su naturaleza. ¡Todo un privilegio!

cobra una fuerza especial para los que estaban entre los gentiles. Dios puso su sello en ellos por el don del Espíritu Santo. No eran, según la carne, herederos de las promesas, pero cuando creyeron Dios los selló con el Espíritu Santo, las arras de la herencia tanto del judío como del gentil, hasta que la posesión adquirida sea entregada a Cristo y la tome por su poder, con el que no permitirá que subsista ningún adversario. Ved aquí que no se trata de nacer de nuevo, sino de un sello que se pone en los creyentes como muestra y garantía de su plena participación futura en la herencia de Cristo, a la que él tiene derecho a través de la redención, dado que con ella ha adquirido todas las cosas y con su poder se apropiará de ellas cuando haya reunido a todos los coherederos para gozarlas unidos.

El Espíritu no es las arras del amor. El amor de Dios es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos dio. Dios nos ama ahora como nos amará en el cielo. De la herencia es las arras solo el Espíritu. Todavía no la poseemos, pero entonces seremos para alabanza de su gloria. La gloria de su gracia ya está revelada. Tenemos aquí la gracia que preparó la posición de hijos, los consejos divinos sobre la gloria de Cristo como cabeza de todas las cosas, la parte que tenemos en él como Heredero, y el don del Espíritu Santo a los creyentes, como arras y sello de la herencia que Cristo ganó, hasta que sean llevados a poseerla con él.

Desde el versículo 15 hasta el final tenemos la oración del apóstol por los santos, que surge de esta revelación y se fundamenta en la manera en que los hijos de Dios han sido introducidos en las bendiciones cristianas. Esto conduce a la verdad relacionada con la unión de Cristo y la asamblea, y al lugar que él vuelve a asumir, como Hombre, en el universo que creó como Hijo. Es una oración basada en el poder revelado en nuestra exaltación a esta posición, como lo ha sido Cristo, y que Dios nos ha dado en sus consejos. Pablo utiliza en la oración este título: «Dios de nuestro Señor Jesucristo». Para la del capítulo 3, dice «Padre de nuestro Señor Jesucristo». Vemos más la comunión que los consejos divinos. Dios es llamado aquí el Padre de gloria, dado que es su Fuente y el Autor. No se dice solamente «el Dios de nuestro Señor Jesucristo», sino que se contempla al Cristo humano. Dios ha mostrado su poder en él resucitándole de los muertos y sentándole después a su diestra. En una palabra, todo lo que ha acontecido a Cristo se considera el resultado del poder divino, que lo ha llevado a término. Él dijo «destruid este templo y en tres días lo levantaré» porque era Dios; aquí es visto como Hombre, pero es Dios quien le resucita.

Esta oración tiene dos partes: la primera es que ellos pudieran entender lo que significan el llamamiento y la herencia de Dios; y en segundo lugar, qué clase de poder es el que los lleva a poseer lo que este llamamiento les ofrece: el mismo poder que ofrece a Cristo la diestra divina después de resucitarlo de entre los muertos.

En primer lugar, está el entendimiento de las cosas que se nos ofrecen. Por lo que veo, son las que ya vimos en la primera parte del capítulo y que caracterizan a la porción del cristiano: la esperanza, el llamamiento de Dios y la gloria de su herencia en los santos. El llamamiento se relaciona con los versículos 3-5, y la herencia con el versículo 11. En el primero vemos la gracia, esto es, a Dios actuando por nosotros, porque él es amor, y en el segundo la gloria, el hombre manifestado que goza en su Persona y herencia los frutos del poder y los consejos divinos. Dios nos llama a estar delante de él en amor como santos sin culpa, al tiempo que quiere que seamos sus hijos. La gloria de su herencia es nuestra. Fijémonos que el apóstol no dice «nuestro llamamiento», aunque seamos llamados. Matiza este punto al relacionarlo con el que nos llama, a fin de que podamos entenderlo a través de su excelencia y carácter. El llamamiento es conforme a Dios. Toda la dicha y carácter del mismo están en conformidad con la plenitud de su gracia, a la altura de su dignidad. Esto es lo que nosotros esperamos. También es su herencia, como era suya la tierra de Canaán —como dijo en la ley—, la cual no obstante heredó en Israel. Le pertenece la herencia de todo el universo cuando este sea lleno de gloria, pero lo hereda en los santos. Son las riquezas de la gloria de su herencia en ellos. Lo llenará todo con su gloria y heredará todo en los santos. Estas son las dos partes en que se divide lo primero a que debían abrir su entendimiento los efesios. Somos llamados por Dios a disfrutar de la dicha de Su presencia, cercanos a él y gozar lo que está muy por encima de nosotros. La herencia de Dios se

aplica a lo que hay en la tierra, a las cosas creadas y sometidas a Cristo, con quien disfrutamos de la luz de la presencia divina. El deseo del apóstol era que los efesios pudieran entender esto.

Lo segundo que pide para ellos en su oración es que puedan conocer la manifestación de poder que se había ejercido para darles parte en esta bienaventurada y gloriosa posición. Si bien fueron introducidos por la soberana y divina gracia en la posición de Cristo ante el Padre, la obra ejercida en aquel y la manifestación del poder de Dios que le resucitó de la tumba para ponerlo a su diestra —sobre cada nombre que se nombra— son la expresión de la acción poderosa que opera en nosotros, los que creemos, y que nos ha resucitado de nuestro estado mortal y pecaminoso para tener parte en la gloria cristiana. Este poder forma la base de la posición de la asamblea en su unión con él, un desarrollo del misterio según los propósitos divinos. Resucitó personalmente de entre los muertos y se sentó a la diestra divina, muy por encima de toda potestad, autoridad y orden jerárquico con los que Dios administra el gobierno del mundo actual y venidero. Esta superioridad existe no solo en lo que a su divinidad se refiere, cuya gloria es inmutable, sino también al lugar que se le ha dado como hombre. Hablamos aquí del Dios de nuestro Señor Jesucristo. Él le resucitó de los muertos, le ha dado gloria y un lugar de supremacía, del que es personalmente merecedor, que recibe y debe recibir de sus manos, como humano, tras haber sido establecido por cabeza de todo, uniendo la asamblea a él como cuerpo y resucitando de su muerte en pecado a los miembros con el mismo poder que le resucitó y sublimó como Cabeza.

Les dio vida juntamente con Cristo y los sentó en los lugares celestiales mediante este poder exaltador. La asamblea, su cuerpo, es su plenitud. Él es desde luego quien todo lo llena en todo, y el cuerpo forma el complemento de la cabeza. Por cuanto es Dios y Hombre, llena todas las cosas, y por cuanto es humano, según el poder redentor y la gloria que adquirió, llena el universo con su gloria y la creación goza de esta plenitud, según la estabilidad de la redención y Su poder, del que no puede separarse<sup>3</sup>. Él es, repito, quien llena el universo con su gloria; pero la Cabeza no está sola, no es abandonada, por decirlo de algún modo, a una fase inacabada, sino que está terminada por el cuerpo del mismo modo que uno físico completaría una cabeza, no para dirigir, sino para formar un todo. Cristo es la Cabeza sobre todas las cosas, llenando todo en todos, y la asamblea es su plenitud. He aquí el misterio visto de forma integral. Por tanto, podemos observar que cuando Cristo fue exaltado a la diestra divina tras cumplir la redención, asume el lugar donde puede ser Cabeza del cuerpo.

Maravillosa porción de los santos, en virtud de su redención y del divino poder ejercido en la resurrección de Cristo, cuando murió por nuestros delitos y pecados y fue llevado a la diestra divina. Una porción que, salvo Su función personal a la diestra del Padre, es también nuestra en la unión con él.

## Capítulo 2

La operación<sup>4</sup> del poder de Dios sobre la tierra, con el propósito de llevar a las almas al disfrute de sus privilegios celestiales y formar la asamblea, es la presentación de este capítulo (no el desarrollo de los privilegios y por ende de los consejos divinos). No son siquiera estos consejos, sino la gracia y el poder, los que como resultado hacen la operación para producir su

---

<sup>3</sup> Comparad el capítulo 4:9,10. Esta introducción de la redención y el lugar que Cristo ha asumido como Redentor, llenando todo en todos, reviste mucho interés.

<sup>4</sup> Este es el poder que, al resucitar a los santos de la muerte de pecado, y uniéndolos a Cristo la Cabeza, forma su relación con él como cuerpo. La primera parte del capítulo habla de nuestra relación individual con el Padre; aquí tenemos una relación corporativa con Cristo, el postrer Hombre resucitado. Hasta la segunda parte tenemos los consejos divinos, y a partir de esta última las operaciones de poder que los lleva a cabo. Se trata de nuestra unión con él, y aunque también se revelan los consejos de Dios al respecto, es ahora cuando esta unión se ejecuta de manera espiritual.



cumplimiento en las almas. No se ve a Cristo como Dios venido y presentado a los pecadores, sino muerto y resucitado con poder, esto es, en el lugar donde estábamos a causa del pecado. Él murió por el pecado; Dios le resucitó de los muertos y le sentó a su diestra. Nosotros estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, y nos ha dado vida juntamente con él. Pero como aquí la cuestión es la tierra y la operación en ella del poder y de la gracia, el Espíritu habla naturalmente de la condición de aquellos en los que esta opera, una condición en realidad común a todos, al tiempo que en el sistema terrenal, con sus formas religiosas, andaban los cercanos y los que estaban alejados. Vemos que en la plena bendición a la que alude el apóstol está implícita la naturaleza de Dios, tras la cual fueron establecidos Sus consejos. Entonces, las formas exteriores que habían sido constituidas de manera provisional por su autoridad, como figuras de lo que había de llegar, carecían de valor. Servían solamente para manifestar unos caminos con las sombras de las cosas venideras, relacionadas con la declaración de la autoridad divina entre los hombres, a fin de preservar el conocimiento de Dios. Lo verdaderamente importante permanece inmutable; sin embargo, las figuras no podían introducir a las almas a una relación con él y que estas fueran capaces de gozar por gracia, en sus corazones, de la eterna manifestación de Su naturaleza, participar de ella y dar su reflejo. Por lo tanto, las figuras eran totalmente inservibles, ya que no revelaban los principios eternos. Las dos clases de hombres, el judío y el gentil, estaban allí; de estos hace mención el apóstol. La gracia reúne a personas de ambos grupos para formar un cuerpo, un hombre nuevo a través de una nueva creación en Cristo.

En los dos primeros versículos del capítulo se habla de los que fueron sacados de las naciones ignorantes de Dios, los gentiles, como usualmente se les llama. En el versículo 3 se habla de los judíos: «entre los cuales también todos nosotros...». El apóstol no describe aquí los crudos detalles<sup>5</sup>, como hizo en Romanos, pues su propósito no es convencer al individuo para mostrarle el modo de ser justificado, sino exponer los consejos de Dios. Habla del alejamiento en que se halla el hombre bajo el poder de las tinieblas. Respecto a las naciones, habla de la condición universal del mundo. Toda su carrera y sistema eran según el príncipe de la potestad del aire, y estaba bajo el gobierno del que operaba en los corazones de los hijos de desobediencia, que evadían por voluntad propia el gobierno divino, aunque no podían hacer lo mismo con el juicio.

Si los judíos tenían privilegios externos y no se sometían de forma directa al gobierno del príncipe de este mundo —como sucedía con las naciones sumidas en la idolatría, dada su codicia, y totalmente marginadas en el sistema en que el hombre estaba inmerso a plena merced de los demonios—, si no eran dirigidos por la influencia demoníaca como los gentiles, su naturaleza en cambio sí los conducía por los mismos deseos que estos pobres paganos. En cuanto a los deseos carnales, los judíos llevaban la misma vida; eran hijos de ira como los demás; esta es la condición humana: ser por naturaleza hijos de condenación. En sus privilegios externos, los israelitas eran el pueblo de Dios, pero por naturaleza eran iguales al resto. Subrayamos aquí «por naturaleza». El Espíritu no se refiere a un juicio pronunciado de parte de Dios ni a unos pecados cometidos, ni al fracaso israelita en su relación con él, cuando cayeron en la idolatría y se hicieron rebeldes; tampoco habla de su rechazo del Mesías, ni de la posterior privación de sus recursos, como tampoco de un juicio divino pronunciado ante la aparición del pecado. Ellos eran, como todos

---

<sup>5</sup> Observemos especialmente que en Efesios el Espíritu no describe la vida del viejo hombre en el pecado. Dios y su obra lo son todo. El hombre es considerado muerto en sus pecados, y el resultado producido viene totalmente de parte de Dios: una nueva creación. En Romanos, el hombre que vive en pecado debe morir, juzgarse a sí mismo, arrepentirse y ser purificado por la gracia. En una palabra, es tratado como alguien con vida, pero en este caso tenemos al hombre sin ningún vestigio de vida espiritual, y Dios lo hace todo: le da vida y le resucita. Se trata de una nueva creación.

los hombres, hijos de ira en su naturaleza. Esta ira era la consecuencia natural del estado en que se encontraban<sup>6</sup>.

El hombre, fuera judío o gentil, y la ira, estaban naturalmente relacionados, del mismo modo que existe un lazo natural entre el bien y la justicia. Aunque Dios tome conciencia, a través del juicio, de lo que es contrario a su gloria y voluntad, está de natural por encima de todo. Para los que merecen la ira divina es rico en misericordia, pues él mismo es misericordioso. El apóstol le presenta actuando según Su propia naturaleza le indica para con los objetos de la gracia. Nosotros estábamos muertos en delitos y pecados, pero en su amor Dios viene para librarnos con su poder: «[...] es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó...». No había en nosotros ninguna clase de buenas acciones, estábamos muertos y habíamos cometido pecados y delitos. La iniciativa provino de él (alabado sea su nombre) y nos dio vida, pero no solo eso, sino que nos la dio juntamente con Cristo. No dice directamente que este fue vivificado, aunque sí lo hace cuando habla del poder espiritual en él. Fue no obstante resucitado de los muertos, y cuando surge la duda se nos dice que la energía con la que salió de la muerte es la utilizada aquí para nuestra vivificación; al darnos vida, somos asociados con él; Dios nos la ha transmitido. Es su pura gracia la que nos ha salvado, la que nos halló muertos en pecados y nos libró de la muerte, como Cristo fue librado de ella, y por el mismo poder que le resucitó nos sacó<sup>7</sup> de allí para ponernos en la luz y llevarnos al favor divino como nueva creación. El judío y el gentil se encuentran en este mismo estado. La resurrección puso fin a todas estas diferencias, que están fuera de lugar con un Cristo resucitado. Dios ha dado vida al uno y al otro.

Después de cumplido esto, el judío y gentil se encuentran en el Cristo resucitado y ascendido, sin las diferencias que la muerte abolió, sentados con él en una condición nueva común a ambos, descrita como igual a la de Cristo<sup>8</sup>. Los pobres pecadores de entre los gentiles, y los judíos que le negaron, son introducidos en la esfera en la que él está por el poder que le resucitó de la muerte y le sentó a la diestra divina<sup>9</sup>, para mostrar en los siglos venideros las inmensas riquezas de la gracia que ha hecho esto posible. María la Magdalena y el crucificado ladrón son, junto con nosotros, los compañeros en la gloria del Hijo de Dios, y daremos testimonio de ello. Es por gracia que somos salvos. Todavía no estamos en la gloria, pero sí por fe. ¿Osaría alguien decir que la fe proviene del hombre? Pues tampoco es nuestra en este aspecto, todo es don de Dios, y no por obras, para que nadie se gloríe. Somos hechura de sus manos.

¡De qué manera más poderosa revela el Espíritu Santo a Dios como única fuente y operación de todo! Es una creación que, como obra de sus manos, posee un resultado que

---

<sup>6</sup> Cuando la fe es enseñada por la Palabra, siempre hace mención de lo mismo: el juicio referido a los actos cometidos en el cuerpo. Nosotros estábamos muertos en pecados, sin sentimientos en el corazón hacia Dios. No venimos a juicio (Jn 5), sino que hemos pasado de muerte a vida.

<sup>7</sup> Es una creación completamente nueva, y este nuevo estado se comprende de manera relativamente fácil. Nosotros estábamos muertos para Dios en nuestra vieja condición. Aquí no consideramos al hombre responsable y con vida. En Colosenses, somos resucitados con Cristo, habiéndonos sido perdonados los pecados que él llevó al descender a la muerte. Tampoco tenemos el viejo hombre ni la muerte causada por él, aunque tanto él como su proceder sean un hecho, pero no en relación con la resurrección. En Colosenses leemos «estando muertos en pecados», pero se añade «en la incircuncisión de vuestra carne», puesto que para Dios está muerta. La Epístola a los Romanos considera al hombre responsable en el mundo; de ahí tenemos la plena justificación y la muerte al pecado, no la resurrección con Cristo. Aquí, el hombre está vivo en Cristo y justificado.

<sup>8</sup> No es meramente la comunicación de vida, esto lo tenemos en Romanos, sino un lugar totalmente nuevo y una posición que hemos asumido, donde la vida lleva el carácter de resurrección fuera de un estado de muerte en el pecado. No se nos ve vivificados por Cristo, sino vivificados con él, el Hombre resucitado y glorificado.

<sup>9</sup> En Colosenses se ve a los santos con Cristo con una esperanza preparada para ellos en los cielos, donde su vida está escondida en él. Además, su resurrección con Cristo en el bautismo es solo administrativa para el mundo, en relación con la fe en el poder que le resucitó. No tenemos en Colosenses ninguna unión de judíos y gentiles en el Resucitado y que estén en los lugares celestiales. Precisamente allí, solo los gentiles están en el pensamiento del apóstol.

concuerta con su naturaleza. Esto se ha hecho en nosotros. Él toma a pobres pecadores para exhibir en ellos su gloria. Si sacamos a colación la operación divina es para hablar, desde luego, de las buenas obras, pues nos ha creado en Cristo para hacerlas. Observemos que si nos ha creado para ellas deben ir caracterizadas por Aquel que ha llevado a cabo esta operación en nosotros, formándonos según sus pensamientos. No es el hombre el que se acerca a Dios, o intenta satisfacerle con obras legales de su agrado (lo que hubiera debido ser), sino que es Él quien se ocupa de nuestros pecados, al estar nosotros desprovistos de toda iniciativa moral en el corazón: «no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios».

Él nos transforma en unas criaturas nuevas para obrar conforme a esta nueva creación. Somos colocados en una posición totalmente novedosa en este divino círculo, e investidos de un nuevo carácter de acuerdo al que Dios predeterminó. Las obras fueron preparadas de antemano, según el carácter del que nos revestimos a través de esta creación. Todo es resultado de la mente de Dios. No hay ninguna imposición, como en la vieja creación<sup>10</sup>, sino que todo es fruto de los pensamientos divinos dentro de esta nueva esfera, y respecto a nosotros, y en lo que a las obras legales se refiere, la ley desaparece junto con la naturaleza a la que era aplicada. El hombre obediente a la ley era quien siempre debería haber actuado como el primer Adán; en cambio, el hombre en Cristo camina guiado por la vida celestial del segundo, y lo hace de manera digna del que es Cabeza de la nueva creación, resucitado con él y merecedor del que le ha formado como fruto (2Co 5:5).

Una vez que los gentiles gozaban este privilegio inefable —aunque el apóstol no reconoce el judaísmo como la verdadera circuncisión—, tenían que recordar de dónde habían sido tomados, de un lugar sin Dios ni esperanza en el mundo y ajenos a todas las promesas. Pero por muy alejados que hubieran estado, ahora eran acercados a Cristo gracias a la sangre. Él derribó la pared intermedia después de anular la ley de los mandamientos, que separaban al judío, distinto por estas ordenanzas, de los gentiles. Los mandamientos estimulaban la carne como instrumento para actuar, pero Cristo, que está vivo, abolió después de morir las enemistades y la ley de los mandamientos contenida en las ordenanzas para formar de ambos grupos un nuevo hombre. Los gentiles se acercarían por la sangre de Cristo y la pared sería derribada para reconciliarlos en un cuerpo, tras haberse logrado para ellos la paz en la cruz y ser destruida la enemistad que hasta entonces impedían al privilegiado judío y al gentil idólatra vindicar nada.

Tras hacer la paz, él se la proclamó con este objeto. En Cristo, todos nosotros, judíos y gentiles, tenemos acceso por un Espíritu al Padre. No es Jehová de los judíos, cuyo nombre los gentiles no invocaban, sino el Padre de los cristianos, de los redimidos de Jesucristo, adoptados para formar parte de la familia divina. A pesar de ser gentil, uno ya no se siente extranjero ni advenedizo, sino que pertenece a la ciudadanía celestial y cristiana, a la verdadera casa de Dios. Así es como actúa la gracia. En lo que al mundo se refiere, esta es nuestra posición tras ser incorporados en Cristo. Tanto el judío como el gentil son reunidos en un cuerpo que constituye la asamblea en la tierra. Los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento componen el cimiento del edificio, y Cristo la piedra principal del ángulo. Sobre él se levanta todo este templo, donde los gentiles forman junto con otros su lugar en la morada terrenal de Dios, quien está presente por su Espíritu. En primer lugar, el apóstol considera la obra progresiva que se estaba construyendo sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, toda la asamblea según la mente divina, y en segundo lugar, la unión que existía entre los efesios y otros judíos y gentiles creyentes, quienes formaban la casa de Dios en aquel momento. Él habita en ella por el Espíritu Santo<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> No se trata de que Dios no reconozca las relaciones que había formado en el origen. Las reconoce totalmente cuando estamos en él. Sin embargo, la medida de la nueva creación es otra cosa.

<sup>11</sup> Es sumamente importante ver la diferencia en estos tiempos entre la edificación progresiva, aún por finalizar — hasta que todos los creyentes que tengan que formar parte del cuerpo sean introducidos—, y el templo actual de Dios en la tierra. En la edificación progresiva del templo, él es quien lo construye sin ningún tipo de error, y las puertas del Hades no prevalecen. No está aún completo ni lo vemos como un conjunto terminado, y por esa razón no leemos

El capítulo 1 puso delante de nosotros los consejos y propósitos de Dios, empezando con la relación de los hijos y el Padre, y, cuando se habla de la operación divina, de la asamblea de Dios como cuerpo unido al que es Cabeza sobre todas las cosas. El capítulo 2 trata de la obra que llama fuera a la asamblea, formándola por la gracia, y nos la presenta, por una parte, creciendo para ser un templo santo, y por otra como la morada actual de Dios por el Espíritu<sup>12</sup>.

### Capítulo 3

El capítulo es un paréntesis que desvela un misterio, al tiempo que presenta, en la oración que lo concluye, el segundo carácter de Dios, expuesto al comienzo de la epístola como el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Esta es la manera en que es presentado. El capítulo 1 ofrece los consejos divinos y añade al Cristo resucitado ensalzado al fin sobre todas las cosas. En el capítulo anterior, es su obra la que da vida a otros y forma la asamblea de los que están resucitados con él, tomados por gracia de entre los judíos y gentiles; estos son los pensamientos y la obra de Dios. Este capítulo, en cambio, habla de la administración de todo eso, especialmente de la introducción de los gentiles en el mismo terreno que los judíos. Esta parte de los caminos divinos era totalmente nueva.

Pablo se encontraba prisionero por predicar el evangelio a los gentiles, una circunstancia que revelaba de forma muy evidente su particular ministerio, que por lo general es presentado en el capítulo 1 de Colosenses. Solo la anterior epístola trata todo el asunto de manera más escueta, por lo que explica con menos detalle el principio y carácter esencial del misterio de acuerdo al lugar que ocupa en los consejos divinos, considerando únicamente su aspecto a medida que lo exige la epístola, esto es, a Cristo y los gentiles. El apóstol nos asegura que había recibido el misterio por medio de una revelación especial, como ya les había enseñado con palabras que, si bien fueron pocas, eran las adecuadas para transmitir un claro sentido del

---

en las epístolas acerca de un constructor. Pedro dice: «Acercándoos a él, piedra viva... vosotros también como piedras vivas sed edificados»; en Efesios, tenemos un edificio que se levanta para ser un templo santo en el Señor. También el actual cuerpo profesante es considerado un conjunto en la tierra que el hombre edifica: «Sois edificio de Dios...» (1Co 3); «yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica». Aquí entra en juego la responsabilidad humana, y la obra constituye el tema del juicio. La atribución de esto último a los privilegios del cuerpo y a lo que Cristo edifica, ha producido como resultado el papado y todo lo que es afín a este sistema. La cosa corrupta que tiene que sufrir el juicio lleva el falso traje de la garantía de la obra cristiana. En Efesios 2 tenemos no solo la obra progresiva, que avanza con rapidez, sino la que está teniendo lugar como un hecho digno de ser bendecido, sin ninguna referencia a la responsabilidad humana.

<sup>12</sup> El capítulo 2 habla en realidad del cuerpo (v 16), pero la novedad de la casa es un elemento que precisa ser explicado. Aunque la obra cumplida en la creación de los miembros que han de componer el cuerpo es toda de Dios, se lleva a cabo en la tierra. Los consejos divinos tienen presente a los individuos para tenerlos cerca de él. Después de exaltar a Cristo sobre todo nombre, le ofrece en adelante ser Cabeza del cuerpo formado por individuos unidos a él en el cielo, señoreando todas las cosas, perfectos y semejantes a la Cabeza. La obra en la tierra congrega a los recién nacidos, y lo que aquí abajo responde a la presencia celestial de Cristo es la presencia del Espíritu Santo. El creyente individual es de hecho el templo de Dios, pero en este capítulo se habla de todo el cuerpo de cristianos en la tierra que forma la casa y morada terrenal de Dios. Una verdad solemne y preciosa, un privilegio inmenso y fuente de bendición, así como una gran responsabilidad.

Es de destacar que al hablar del cuerpo de Cristo hablamos del fruto del propósito divino y eterno y de su operación, y aunque el Espíritu aplique este nombre a la asamblea, considerando que se compone de verdaderos miembros de Cristo, el cuerpo formado por el poder vivificante de Dios está compuesto, según su eterno propósito, por personas unidas a la Cabeza como verdaderos miembros. La casa de Dios establecida en la tierra es el fruto de una obra divina encomendada a los hombres, pero no es el objeto de Sus consejos, aunque la ciudad en Apocalipsis responda en cierta medida a ello. Como se trata de una obra divina, es evidente que la casa se compone de aquellos que son realmente llamados por él, y de esta manera la estableció, como dice aquí (cf. Hch 2:47). No debemos confundir el resultado práctico de esta obra, llevada a cabo por los hombres bajo su responsabilidad (1Co 3), con el objeto de los consejos divinos. Nadie puede ser verdadero miembro de Cristo ni una piedra auténtica sin estar unido a la Cabeza, pero la casa sí puede ser la morada divina, aunque la piedra no auténtica forme parte de su construcción. Es imposible que alguien no nacido de Dios sea miembro del cuerpo de Cristo (ved la nota anterior).

conocimiento que tenía sobre este misterio, nunca desvelado en las edades pasadas, pero que ahora se revelaba a los apóstoles y profetas por el Espíritu. Veréis que los profetas son por supuesto los del Nuevo Testamento, ya que las comunicaciones que recibieron contrastan con el grado de luz ofrecido en tiempos pasados. El misterio había permanecido oculto en esos tiempos, y de hecho tuvo que ser así, pues si se hubiera llevado a los gentiles al mismo terreno que los judíos habría significado el derrumbe de su religión, porque con el judaísmo Dios había levantado una pared intermedia que los separaba del resto y su deber era respetar esta separación. Pecaban cuando no lo hacían, y el misterio mantenía en pie este muro. Los profetas del Antiguo Testamento, incluido Moisés, enseñaron que los gentiles se regocijarían un día con este pueblo, que seguía estando separado. En Dios había quedado oculto el hecho de que serían coherederos y pertenecerían a un mismo cuerpo, que perderían toda distinción y formarían parte de aquel eterno propósito anterior a la fundación del mundo. Estos consejos no se mezclaban con la historia de la tierra ni los caminos divinos al respecto, y tampoco con las promesas reveladas.

El propósito maravilloso de Dios es que, tras unir a los redimidos con Cristo en el cielo como cuerpo inseparable de su cabeza, les dio un lugar en él, y pese al hecho de seguir peregrinando en esta tierra y de ser la morada divina por el Espíritu, en la mente de Dios nuestro lugar está en los cielos. En los siglos venideros serán bendecidos los gentiles, pero Israel será un pueblo especial y separado. Toda distinción terrenal se pierde de vista en la asamblea, pues todos somos uno en Cristo y resucitados con él.

De esta manera presentaba el apóstol el evangelio y anunciaba a los gentiles estas buenas nuevas del divino don, que le fue concedido para proclamar, según las promesas hechas a los padres, no meramente a un Mesías y un Cristo judío, sino a uno cuyas riquezas eran inescrutables. Nadie podía reseguir hasta el final, y a lo largo de su evolución, el cumplimiento de los consejos de Dios ni la revelación de su naturaleza. Estas son las incomprensibles riquezas de un Cristo en quien él se revela y en el que cumple y manifiesta sus pensamientos. Estos propósitos respecto al Dios manifestado en carne, y cabeza del cuerpo sobre todo lo que hay en el cielo y la tierra, se daban a conocer ahora y se cumplían con la reunión de los coherederos en este cuerpo. Saulo, inveterado enemigo de Jesús, y el peor de todos, se convierte por gracia en Pablo, en el instrumento y testigo de esa gracia que anunciaría estas misteriosas riquezas a los gentiles, desempeñando su apostolado. Tenía la función de iluminar a todos sobre este misterio, que había estado escondido en Dios desde el principio del mundo y ofrecía la respuesta a las dos partes del ministerio apostólico, indicado en Colosenses 1:23-25, con el versículo 27 relacionado con el 17 de aquí. Dios, que creó todas las cosas, tenía este pensamiento y propósito antes de la creación, a fin de que cuando la sujetara toda a su Hijo humanado y glorificado, este tuviese compañeros para la gloria que fueran miembros de su cuerpo espiritual y dependieran de su vida.

Pablo dio a conocer a los gentiles las riquezas inescrutables de Cristo, que los hacían partícipes de los consejos de la gracia de Dios. A todos arrojó luz, pero no precisamente sobre el misterio, sino sobre la manera de administrarlo; es decir, que además del consejo divino también comunicó la forma de llevarlo a cabo durante todo el tiempo en que la asamblea fuera llamada a situarse bajo la Cabeza. Quien creó todas las cosas para la esfera del desarrollo de su gloria, mantuvo este secreto para que la administración del misterio revelado con la aparición de la asamblea fuera el modo de dar a conocer, en su momento, y a los más sublimes de los seres creados, la multiforme sabiduría de Dios. Estos seres vieron cómo una creación emergía y se expandía ante sus ojos; presenciaron el gobierno divino, su providencia, juicio y la intervención en la tierra de la misericordia de Cristo. Era una clase de sabiduría totalmente nueva; algo fuera del mundo y mantenido en secreto, hasta entonces, en la mente de Dios, tan escondido que no hubo nunca profecía que lo revelase, sino que había sido el objeto de su propósito eterno relacionado de forma especial con Aquel que es el centro y la plenitud del misterio de la piedad. Tenía un lugar en la unión con él, y aunque fue manifestado y llevado con Cristo a la cabeza de la creación, el misterio no formaba parte de esta. Era una creación nueva y

una revelación distinta de la sabiduría de Dios, una parte de sus pensamientos que había permanecido secreta en sus consejos y cuya administración daba a conocer su sabiduría, según el firme y eterno propósito en Cristo Jesús. Añade el apóstol: «en quien tenemos libre acceso con confianza por medio de la fe en él».

Los creyentes gentiles no tenían que desanimarse a causa de las prisiones del que les proclamaba este misterio, pues era la prueba y el fruto de la posición gloriosa que Dios les había concedido, y de la que tenían celos los judíos.

Esta revelación de sus caminos nos presenta a Cristo como hombre resucitado de los muertos por Dios, a fin de que seamos resucitados para participar con él y se cumplan así los consejos divinos. Nos lo presenta como el centro de todos estos caminos, como Hijo del Padre y heredero de todo como Creador, y centro de los consejos de Dios. El apóstol se dirige al Padre de nuestro Señor Jesucristo; en el capítulo 1, lo hizo al Dios Suyo. Cada familia (no todas) recibe una categoría bajo este nombre paterno. Con el nombre de Jehová estaban relacionados solo los judíos: «a vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades», dice Jehová en Amós. Sin embargo, con el nombre del Padre del Señor Jesucristo quedan categorizadas todas las familias: la asamblea, los ángeles, los judíos, los gentiles, etcétera. Los caminos divinos, respecto a los cuales se ordenaba la gloria de Dios, estaban coordinados bajo este nombre y se relacionaban con él. Lo que el apóstol pedía para los santos a los que hablaba era que fueran capaces de discernir todo el significado de estos consejos y el amor de Cristo, que constituía el sólido centro de su corazón.

Para este fin les desea que sean fortalecidos con todo poder por el Espíritu del Padre del Señor Jesucristo, y que Cristo, centro de todas estas cosas en los consejos paternos, morase asimismo en los corazones y focalizara de manera inteligente sus emociones para que tuvieran conocimiento —y no estuvieran limitados por ningún círculo que impidiera ver la infinitud que solo Dios llenaba— sobre la longitud, la anchura, la altura y la profundidad<sup>13</sup>. Este centro les proporcionaba, a la vez, un lugar seguro y un apoyo inamovible sobre un amor igual de infinito que la desconocida dimensión de la gloria de Dios, en su manifestación alrededor: «para que habite Cristo por medio de la fe en vuestros corazones». Aquel que llena todas las cosas con su gloria, llena el corazón con un amor más fuerte que toda la gloria de la que es centro. Para nosotros, se trata de una fuerza que nos permite contemplar en paz y en amor todo lo que ha hecho: la sabiduría de sus caminos y la gloria universal.

El que llena todas las cosas colma de manera especial nuestro corazón. Dios nos fortalece con las riquezas de esa gloria legítima de Cristo y la exhibe ante nuestra asombrada mirada. Sabiendo que él mora en nosotros, nos la enseña con el afecto más tierno, constituyendo la fuerza para un corazón arraigado y asentado en el amor, que abarca el primer círculo de los afectos y pensamientos de quienes son para Cristo: los santos, objetos de su amor, y llenos de él. Nosotros, como centro de sus afectos, tenemos sus pensamientos, de manera que nos sumergimos totalmente en la dimensión de la gloria divina, de la gloria de Aquel al que amamos. ¿Cuál es el límite? Ninguno, pues se trata de la plenitud de Dios. La obtenemos de él en esta revelación, y en Cristo se revela con toda la gloria. Es Dios sobre todas las cosas y bendito para siempre.

Al morar en el amor, moramos en Dios y él en nosotros, y todo esto relacionado con la exhibición de la gloria en lo que ha sido desarrollado alrededor de sí, para mostrarse en ella y que Cristo pueda ser en la asamblea, el cuerpo, su centro y manifestación gloriosa. Somos llenos de toda la plenitud divina, y es en la asamblea donde él mora con este propósito. A este efecto, obra en nosotros por su Espíritu. El deseo y la oración de Pablo es que en la asamblea la gloria pueda ser para Dios, a través de Jesucristo, a lo largo de los siglos. Vemos que es consciente de

---

<sup>13</sup> Cristo es el centro de toda la exhibición de la gloria divina, pero él mora en nuestros corazones de forma que los hace estar concentrados, por así decir, en él, y que contemplen la gloria revelada. Aquí es donde podríamos perdernos, pero nos trae de vuelta al bien conocido amor de Cristo, no porque sea más íntimo, sino por tratarse del Dios que supera todo conocimiento, y nosotros somos colmados con la plenitud divina.

lo que habla y dice. No es nada objetivo, como en el capítulo 1, que conozcan lo realmente verdadero, sino que pueda ser una realidad para ellos al ser fortalecidos por el poder de su Espíritu. Es maravilloso que, después de exponernos la infinitud de la gloria de Dios, seamos llevados al centro en Cristo para percibir el amor que no pone límites, sino que nos resulta apropiadamente más divino y familiar que la gloria, ya que supera al entendimiento.

Observemos también que el apóstol no pide que Dios actúe con un poder que obre para nosotros, como a menudo se expresa, sino que opere en nosotros<sup>14</sup> y pueda hacer más de lo que somos capaces de pedir o pensar. ¡Qué porción la nuestra, qué lugar se nos da en Cristo! Luego vuelve a mencionar la tesis propuesta al final del capítulo 2: Dios morando en la asamblea por el Espíritu, y los cristianos, tanto judíos como gentiles, formando una unión. Desea que los cristianos efesios (y todos nosotros) andemos dignamente de esta vocación. Su vocación era ser uno, el cuerpo de Cristo, pero visible en su unidad por la presencia del Espíritu Santo. Vimos también cómo es introducido el cristiano en la presencia de Dios, pero el hecho de que estos cristianos formaran el cuerpo y fueran la morada de Dios y su casa en la tierra —en una palabra, su posición entera— queda reducido a la expresión «su vocación». El capítulo 1 nos muestra a los santos delante de Dios; la oración del capítulo 3, a Cristo en ellos.

#### Capítulo 4

El apóstol estaba en prisión por el testimonio que había dado de esta verdad, por mantener y predicar los privilegios que Dios concede a los gentiles, y de modo especial a la formación de un cuerpo unido a Cristo junto con los judíos creyentes. En su exhortación se vale de este motivo para tocar los corazones. Lo primero que buscaba de parte de sus amados hijos en la fe, a propósito de esta unidad, y como medio de mantenerla en la práctica, era el espíritu de humildad y mansedumbre, de paciencia y amor para con los demás. Este es el estado individual del que desea que fueran conscientes: el verdadero fruto de la comunión con Dios y de la posesión de los privilegios, si se gozaban en su presencia.

Desarrolló al final del capítulo 2 el resultado de la obra de Cristo al unir a judío y gentil, al hacer la paz entre ambos y formar de este modo una morada divina en la tierra, para que los dos tengan acceso a Dios por un Espíritu, reconciliados con Cristo en un cuerpo. He aquí la vocación de cada cristiano: tener acceso a la deidad y ser su morada, un cuerpo reconciliado, por la presencia del Espíritu. El capítulo 3 desarrolla esto con todo detalle y el apóstol lo aplica en este capítulo.

Los fieles tenían que intentar mantener esta unidad espiritual en el vínculo de la paz. Hay tres cosas en esta exhortación: en primer lugar, había que andar dignamente de su llamamiento; en segundo lugar, les muestra el espíritu con el que debían andar; y por último, la diligencia para mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Es importante ver que esta unidad del espíritu no tiene similitud alguna con ningún tipo de sentimientos, sino con la unidad de los miembros del cuerpo que el Espíritu Santo estableció, mantenida en la práctica por un camino acorde al espíritu de gracia. Es evidente que la diligencia exigida para mantener esta unidad está relacionada con la tierra, para manifestarse en ella.

El apóstol fundamenta su exhortación en los diferentes puntos que consideran esta unidad, en relación con el Espíritu Santo, el Señor y Dios. Hay un cuerpo y un Espíritu, no meramente el resultado producido en el corazón de cada individuo para el mutuo entendimiento, sino un cuerpo real. La esperanza era una, de la que es fuente y poder este Espíritu. He aquí la unidad esencial, auténtica y perdurable.

---

<sup>14</sup> Esto distingue por completo la oración del capítulo 1 con la de aquí. El llamamiento y la herencia estaban en el propósito firme de Dios, y la oración es que ellos puedan conocerle, como el poder que los llevó allí. En este capítulo se trata de lo que hay en nosotros, y pide para que pueda existir y esté presente en la iglesia.

Hay asimismo un Señor, y con él están relacionados una fe y un bautismo, la profesión y reconocimiento públicos de Cristo como Señor. Comparad el discurso en 1Co. Finalmente, hay un Dios y Padre de todos que está sobre todo, a través de todos y en todos nosotros.

¡Qué fuertes lazos de unidad! El Espíritu divino, el señorío de Cristo, la ubicuidad de Dios en el universo, y el Padre, tienden a generar la unidad como centro divino de quienes están relacionados con cada uno de estos. Cualquier tipo de relación religiosa que posea el alma, y los puntos que mantienen el contacto con Dios, concuerdan en que todos los creyentes forman una unidad en este mundo, de manera que no pasa desapercibida a nadie que sea cristiano y esté relacionado con los que la forman. Nosotros no podemos ejercitar la fe, gozar la esperanza ni dar expresión de la vida cristiana de ningún modo que no sea dentro del resto. Solo somos llamados a mantenerla en la práctica.

Vemos que las tres esferas de unidad presentadas en estos tres versículos no son abarcables en igual medida. El círculo de la unidad se hace cada vez más grande. Con el Espíritu está vinculada la unidad del cuerpo, producida por el poder espiritual que une a Cristo con todos sus miembros; y con el Señor, la unidad de la fe y del bautismo, la profesión exterior, real y verdadera, tal vez, pero una profesión relacionada con quien ostenta derechos sobre los que se llaman cristianos. En lo que concierne al tercer aspecto de la unidad, los derechos lo abarcan todo, aunque para el cristiano se trate de un vínculo más estrecho porque el que los tiene vive en los creyentes<sup>15</sup>.

Observemos aquí que no es únicamente una unidad de sentimiento, deseo y corazón. Esta unidad es sobre la que hace hincapié el apóstol, pero con el fin de cumplirla y llevarla a la práctica, en su manifestación en la tierra, como apropiada a la existencia y posición eternas de la asamblea. Hay un Espíritu y también un cuerpo. La unión de los corazones en el vínculo de la paz, que es lo que el apóstol desea, mantiene públicamente esta unidad, no que no hubieran de tener paciencia entre ellos si desaparecía y discutían por su falta. No puede aceptarse lo contrario a la Palabra, aunque en determinados casos los que están en esa unidad hayan de soportarse. Considerar la comunidad de la posición y el privilegio, gozada por todos los hijos en las relaciones de que estamos hablando, servía para unirlos entre sí en el dulce placer de esta inestimable posición, y los conducía a participar en amor del regocijo que cualquier miembro del cuerpo tenía en esta felicidad.

Por otro lado, el hecho de que Cristo estaba exaltado en el cielo como Cabeza de todo, introdujo una diferencia aplicable a esta supremacía, que era ejercida de forma sabia y soberana. A cada uno de nosotros se dio la gracia según la medida del don de Cristo, es decir, como él cree conveniente otorgarla. Respecto a nuestra posición de gozo y bendición con él, somos uno, y en cuanto al servicio cada cual tenemos un lugar individual según la sabiduría y derechos divinos en la obra. El fundamento de este título, sea cual sea el poder ejercido en él, es el siguiente: el hombre estaba bajo influencia satánica, en una condición miserable como fruto de su pecado, a la que fue a parar por voluntad propia, y donde era esclavo en cuerpo y alma —a juzgar por la divina sentencia de muerte pronunciada sobre él— del enemigo que tenía el poder mortal, con reserva de los derechos soberanos y de la gracia de Dios (cf el cap. 2). Cristo

---

<sup>15</sup> Recapitulando, en primer lugar tenemos un cuerpo y un Espíritu, una esperanza de nuestro llamamiento; luego un Señor, con quien van relacionados una fe y un bautismo; en tercer lugar, un Dios y padre de todos, que está sobre todas las cosas, en todas partes y en todos los cristianos. Además, mientras se hace hincapié en estas tres relaciones, que por naturaleza son el fundamento de la unidad y los motivos de su estabilidad, extienden sucesivamente su influencia. La relación directa se aplica de forma apropiada a las mismas personas, pero el carácter de Aquel que forma la base de la relación amplía aún más la idea en conexión con esta base. En cuanto al Espíritu, su presencia une el cuerpo, el vínculo entre todos sus miembros, y con nadie que no sea un miembro por definición. El Señor tiene unas exigencias más elevadas. No es que en esta relación se hable de los miembros, sino de una fe y un bautismo, de una profesión en el mundo; no podía haber dos. Pese a que las personas que están en esta relación externa puedan estarlo también en las otras relaciones como miembros del cuerpo, aquí la relación es la de una profesión individual. Se trata de algo que no puede existir si no es en la realidad (uno es miembro del cuerpo o no lo es). Dios es Padre de los miembros, que son hijos suyos, pero Aquel que mantiene esta relación se mantiene siempre, y forzosamente, por encima de todo, de forma personal y divina en todos lugares.



se humanó y comenzó su andadura guiado por el Espíritu para encontrarse con Satanás, a quien finalmente venció. En lo referente a su poder personal, fue capaz de expulsarlo y liberar así al hombre, pero este no quería que Dios le acompañara, ni era posible que los hombres, debido a su condición pecaminosa, quedaran unidos a Cristo sin la redención. Llevando a cabo su obra perfecta de amor, él padeció la muerte y derrotó a Satanás en su último fuerte, que el justo juicio de Dios mantenía en vigor contra el hombre pecador. Cristo experimentó este juicio y consumó una redención completa, definitiva y eterna en valor, de modo que ni Satanás —el príncipe de la muerte y acusador de los hijos—, ni siquiera el juicio divino, pudieran exigir nada más a los redimidos. El reino le fue arrebatado y el justo juicio se cumplió, por lo que Dios quedó totalmente satisfecho. Todo juicio es dado a Jesús, y poder sobre todos los hombres, porque él es el Hijo del Hombre. Estos dos resultados no son aún visibles, aunque el Señor ostente todo poder en el cielo y la tierra. De lo que se habla aquí es de otro resultado que ya está cumplido. La victoria es completa. Él llevó cautivo al adversario, y ascendiendo al cielo Dios le dio un lugar como hombre victorioso sobre todas las cosas, tras haber llevado cautivo el poder que atenazaba al hombre.

Antes de manifestar en persona el poder obtenido como hombre, tras atar a Satanás, y de exhibirlo en la tierra para la dicha de todos, lo expone en la asamblea, su cuerpo, dando a los hombres libres del control enemigo dones que demuestran este poder. El capítulo 1 nos ha dado a conocer los pensamientos de Dios; el capítulo 2, su poderoso cumplimiento respecto a los redimidos —judíos o gentiles, todos muertos en sus pecados— para formarlos en la asamblea. El capítulo 3, en lo relacionado con los gentiles, es la evolución del misterio en su administración paulina. En este capítulo se ve la asamblea en su unidad como cuerpo y las diversas facetas de los miembros, es decir, el efecto positivo de los consejos de Dios para ella. Pero todo se fundamenta en la exaltación de Cristo, que habiendo conquistado al enemigo ascendió como hombre al cielo.

Así exaltado, ha recibido dones «en el Hombre», es decir, en su humano carácter (cf. Hch 2:33), como expresa el Salmo 68 y de donde tomamos la cita. Tras recibir estos dones como Cabeza del cuerpo, él es el canal para comunicarlos a los demás. Son para los hombres. Tres cosas le caracterizan: como Hombre ascendido a lo alto, que llevó cautivo al que tenía la humanidad prisionera, ha recibido para los hombres, liberados de ese enemigo, dones de Dios que forman un testimonio de esta exaltación del hombre en Cristo y sirven como medio para liberar a otros. Este capítulo no habla de las señales más directas del poder espiritual, como pueden ser las lenguas y los milagros, que entonces recibían el nombre de dones milagrosos. Lo que el Señor como Cabeza concede a las personas son dones que actúan de vehículo para formarlas y que puedan estar con él, y para edificar el cuerpo, como resultado de su cuidado por ellas. Como hemos visto, la continuación de estos dones, hasta que todos, unos tras otros, crezcamos hasta la Cabeza, es confirmada por el Espíritu respecto a dicho poder. (Haremos en este punto una pequeña pausa para ver la relevancia de lo que hemos venido considerando).

¡Qué obra más completa y gloriosa la que el Señor ha cumplido y qué testimonio da de ella la comunicación de estos dones! Cuando éramos esclavos de Satanás, y por consiguiente de la muerte y el pecado, él tuvo el placer de sufrir la ira que colgaba sobre nosotros a fin de glorificar a Dios. Descendió a la muerte, cuyo poder Satanás tenía, y tan completa fue la victoria del Hombre sobre él, y absoluta nuestra liberación, que nos ha rescatado del yugo enemigo y se sirve del privilegio que su posición y gloria le conceden para hacer de aquellos que estaban cautivos los vasos de su poder para liberar también a otros. Él nos da el derecho, bajo su potestad, de tomar parte en su guerra santa movidos por los mismos principios amorosos. Tal es nuestra liberación, que ahora somos los instrumentos de su poder contra el enemigo y sus colaboradores. De ahí la conexión entre la piedad práctica —la total mortificación de la carne y la capacidad de servir a Cristo, como instrumentos en manos del Espíritu Santo— y los vasos de su poder.

La ascensión del Señor tiene una tremenda implicación en la relación con su Persona y obra. Él ascendió como hombre, pero descendió primero hasta las tinieblas de la tumba y de la

muerte; a partir de entonces triunfó sobre el enemigo, quien ostentaba el poder mortífero, y después de hacer desaparecer los pecados de los redimidos y cumplir en obediencia la gloria de Dios, toma su lugar como hombre en los cielos para llenar todas las cosas; y no solo como Dios, sino de la manera en que se lo otorgaba la gloria y el poder de una posición a la que fue llevado, en virtud de la obra consumada de la redención, y le transportó hasta las profundidades del poder enemigo y después le sentó en el trono de Dios. Esta es la posición que él ostenta, no solo por el título de Creador, que ya era suyo, sino también por el de Redentor, de refugio del mal para todos los que se hallan en la esfera de la poderosa eficacia de su obra, llena de bendición y gracia. Gloriosa verdad, que al tiempo proviene de la unión de las naturalezas humana y divina en la Persona de Cristo, y de la obra de la redención cumplida por sus sufrimientos en la cruz. El amor le hizo bajar del trono de Dios, y hallándose en forma humana<sup>16</sup> se adentró a través de la gracia en las tinieblas de la muerte. Después de morir y llevar nuestros pecados, subió nuevamente a ese trono, llenando todas las cosas como Hombre. Descendió más abajo que la criatura, pero salió victorioso de la muerte.

Al tiempo que llena todas las cosas en virtud de su Persona gloriosa y de la obra realizada, también guarda una relación inmediata con lo que, en los consejos divinos, está íntimamente ligado al que todo lo llena, y con lo que era especialmente el objeto de la obra de la redención. Es su cuerpo, la asamblea, unida a él por el vínculo espiritual, para completar al Hombre místico y ser la esposa de esta postrera Persona que lo llena todo en todos. Un cuerpo que, cuando se manifestó, fue establecido en medio de una creación todavía no liberada, y en presencia de enemigos que están en los lugares celestiales hasta que Cristo ejerza, de parte de Dios Padre, el poder que se le ha encomendado. Cuando lo haga, se vengará de los que mancillaron su creación seduciendo al hombre, el que había sido su dueño, y la imagen de Aquel que tenía que ser su Cabeza donde fuera que estuviese. También librá la creación de la sujeción al mal. Mientras, él está personalmente exaltado y sentado a la diestra divina hasta que pueda poner por estrado de sus pies a todos los enemigos. Nos comunica los dones que son necesarios para la reunión de los que tienen que ser compañeros de su gloria y miembros de su cuerpo, de los que se manifestarán con él cuando exhiba su gloria en este mundo tenebroso.

El apóstol nos muestra una asamblea ya liberada que ejerce el poder del Espíritu, que por un lado hace libres a las almas, y por otro las edifica en Cristo, de modo que puedan crecer hasta la capacidad de la Cabeza a pesar de todo el poder satánico que todavía subsiste.

En este hecho va implícita una verdad importante. El poder espiritual no se ejecuta de una forma simplemente divina. Se trata de Cristo en lo alto, que antes había descendido a las partes más bajas de la tierra y que como hombre ha recibido estos dones de poder. El Salmo 68 dice lo mismo que Hechos 2:33. Este último pasaje nos habla también de los dones dados a los miembros. Nuestro capítulo los menciona en otro sentido.

Me gustaría también destacar que estos dones no se presentan aquí como si vinieran dados por el Espíritu Santo llegado a la tierra, distribuyéndolos a cada uno a voluntad. Tampoco son estos dones señal del poder espiritual y un propósito para revelar señales a los que están fuera, sino un ministerio que Cristo fundó como Cabeza con dones conferidos a personas de su elección, para contribuir a la reunión y edificación del cuerpo. Tras ascender y haber asumido su lugar a la diestra divina y llenarlo todo, sea cual fuera el alcance de su gloria tiene como primer objetivo llevar a cabo, en amor, los caminos divinos congregando a las almas, manifestándose en particular a los santos y a la asamblea, dado que quiere revelarles la naturaleza divina y comunicar a la iglesia las riquezas de esa gracia que exhiben los caminos de Dios, de la que es originaria su naturaleza. Es en la asamblea donde esta naturaleza, los consejos de la gracia y la eficaz obra de Cristo se concentran en su objeto; y estos dones, cuando son comunicados, son el medio de ministrar bendición al hombre.

---

<sup>16</sup> El descenso a las partes más bajas de la tierra es considerado desde su lugar como Hombre en la tierra, no desde su venida del cielo para serlo. Es Cristo quien descendió.

Apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros... Los apóstoles y profetas ponen, o mejor dicho, han puesto los fundamentos del edificio celestial y han actuado, de parte del Señor, de manera extraordinaria. Las otras dos clases —subdividiendo la de pastores y maestros en dos dones, y por su naturaleza— pertenecen al ministerio ordinario de cada época. Es importante señalar lo siguiente: el apóstol no ve que exista nada antes de la exaltación de Cristo, salvo el hombre hijo de la ira, el poder de Satanás, el poder que nos resucitó con Cristo (cuando estábamos muertos en pecados) y la eficacia de la cruz, que nos reconcilió con Dios y abolió la distinción entre judío y gentil en la asamblea, para unirlos en un cuerpo delante de él. Es la cruz en donde Cristo bebió la copa y llevó la maldición, quitando la ira del camino del creyente y permitiendo que Dios se le manifestara como Salvador amoroso.

La existencia de los apóstoles data del momento en que se dieron los dones, después de la exaltación de Jesús. Los doce que él envió están fuera de lugar en la enseñanza que tiene que darnos esta epístola, que trata del cuerpo de Cristo, de la unidad y sus miembros, que no podían existir antes de la Cabeza ni antes de que hubiera tomado su lugar en lo alto. De igual forma hemos visto que cuando el apóstol habla de los apóstoles y los profetas, para él se trata exclusivamente de personas del Nuevo Testamento, formadas por Cristo tras su ascensión. Es el nuevo Hombre celestial que, exaltado, crea su cuerpo en el mundo y lo destina para el cielo, dando a cada individuo su nivel espiritual e intelectual para relacionarse con la Cabeza, pues los dones de los que habla el apóstol son canales a través de los cuales se comunican las gracias cristianas, con vínculos que el Espíritu Santo mantiene con la Cabeza.

El efecto inmediato es la perfección de los individuos según la gracia que está en la Cabeza. La figura que asume esta acción divina es la obra del ministerio y la formación del cuerpo, hasta que todos los miembros crecen a la medida de la estatura de Cristo. Él se les ha revelado en toda su plenitud, y según esta revelación tienen que ser formados en su semejanza, que le conozcan como aquel que llena todas las cosas como Cabeza del cuerpo y la revelación del perfecto amor a Dios, de la excelencia del hombre delante de él, según sus consejos, y del hombre como vaso depositario de toda su gracia, su poder y sus dones. La asamblea, pues, y cada uno de los miembros, deberían llenarse de los pensamientos y las riquezas del Cristo al que conocen, en lugar de dejarse acometer por toda suerte de artimañas que el enemigo urde para engañar a las almas.

El cristiano tiene que crecer según todo lo revelado y continuar en este crecimiento, asemejándose a la Cabeza y utilizando el amor y la verdad para alimentar su propia alma, dos cosas que tienen su expresión perfecta en Cristo. La verdad exhibe la auténtica relación de todo con el centro: Dios está revelado en él. El amor es lo que está representado en ello, y Cristo, como luz, le dio a todo un lugar: al hombre, a Satanás, al pecado, a la justicia, a la santidad... y el detalle de una relación con él. Era la expresión del amor divino y de nuestro modelo de Vencedor, al que, una vez ascendido al cielo, estamos unidos como miembros de su cuerpo.

Emana de esta Cabeza la gracia necesaria, a través de sus miembros, para cumplir la obra que los asimila a ella. Su cuerpo es robustecido por la operación de la gracia en cada miembro, y ellos se edifican en amor<sup>17</sup>. He aquí la posición de la asamblea según la mente divina, hasta que todos llegan a la estatura de Cristo. Ay, la manifestación de esta unidad está tocada, pero la operación de gracia en la Cabeza, para nutrir y proporcionar el crecimiento a los miembros, nunca se ve más perjudicada que el amor que emana del corazón del Señor. No le glorificamos ni disfrutamos como deberíamos de nuestra condición de ministrar gozo a los demás, en cambio la cabeza no cesa de obrar por el bien del cuerpo. El lobo viene desde luego a dispersar el rebaño, pero no podrá arrebatarlo de las manos del pastor. Su fidelidad es glorificada en nuestra infidelidad, y a pesar de todo no tenemos excusa.

Con este hermoso objetivo de ser los dispensadores de la gracia, para el crecimiento de cada miembro a la medida de la estatura de la Cabeza, y con la administración llevada a cabo

---

<sup>17</sup> El versículo 11 da dones especiales y permanentes; el versículo 16, lo que las uniones son capaces de proporcionar. Ambos tienen su función en la formación y desarrollo del cuerpo.

por todos los miembros, para la mutua edificación en amor, termina este desarrollo de los consejos divinos en la unión de Cristo y la asamblea, en su doble aspecto de cuerpo celestial y habitación espiritual. Son verdades que no pueden disociarse, dado que cada una tiene su importancia distintiva para reconciliar las operaciones inmutables de la gracia con los fracasos de la asamblea.

Seguidamente vienen las exhortaciones para un camino apropiado a una posición así, a fin de que la gloria de Dios en nosotros, como su gracia, puedan identificarse con nuestra bendición. Vamos a ver los principales puntos de estas exhortaciones.

El primero es el contraste<sup>18</sup> entre la ignorancia de un corazón ciego y extraño a la vida divina que camina, como consecuencia, en la vanidad de su propio entendimiento y basándose en los deseos que se rinden a los impulsos de la carne que no cuenta con Dios; es el contraste, digo, entre este estado y el que ha aprendido de Cristo, como que la verdad está en Jesús, la expresión de la vida divina en el hombre, y de Dios manifestado en la carne; el despojo del viejo hombre, corrompido por su vana codicia, y el revestimiento del nuevo. No es un perfeccionamiento del viejo, sino su desposeimiento por el revestimiento de Cristo.

El apóstol no deja de hablarnos de la unidad del cuerpo. Tenemos que hablar verdad porque somos miembros los unos de los otros. La verdad es la expresión de un corazón sencillo e íntegro en consonancia con la verdad de Jesús, cuya vida es transparente como la luz, como la falsedad va de la mano de la vana codicia.

Además, el viejo hombre está sin Dios y desconoce la vida divina. El nuevo es el que está formado como una nueva creación<sup>19</sup>, según el modelo de lo que significa el carácter divino: justicia y santidad verdaderas. El primer Adán, que llevaba la imagen de Dios, no fue creado con este fin. Con la caída se produjo en él un conocimiento del bien y del mal. Por lo tanto, ya no podía seguir siendo inocente. Cuando tenía su anterior estado ignoraba el mal en sí, pero cuando pecó se hizo extraño de la vida de Dios con su ignorancia, y el conocimiento que adquirió del bien y del mal, junto con la distinción moral entre ambos, pasó a constituir un principio divino: «he aquí que el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal». Pero para poder poseer este conocimiento y subsistir en lo bueno en Su presencia, debe haber una energía y una vida divinas.

Todo mantiene su verdadera esencia a ojos de Dios. La verdad es la correcta y perfecta expresión de lo que una cosa es, expresión absoluta de todo lo que son las cosas y de las relaciones que esta verdad guarda respecto a las otras, o en las que todas se relacionan respecto a las demás. Así, Dios no podía ser la verdad. No es la expresión de cualquier cosa, sino que todo está relacionado con él; es el centro de toda relación verdadera y obligación moral. No es la medida de todo, pues él está por encima de todo; y nada más hay que pueda estarlo, de lo contrario no sería descrito así<sup>20</sup>. Es Dios humanado, Cristo, la verdad y medida de todo, y todas las cosas adquieren un carácter real a ojos de Dios, que las juzga rectamente, ya sea a un nivel moral o de poder. Él responde conforme a este juicio. Es justo y conoce el mal de manera perfecta, siendo él bondad, de modo que es una total abominación que puede repeler por Su misma naturaleza; él es santo. El nuevo hombre, creado según la naturaleza divina, es así

---

<sup>18</sup> Ya he indicado que el contraste entre el nuevo y viejo estado es más una característica de Efesios que de Colosenses, donde encontramos más el desarrollo de vida.

<sup>19</sup> En Colosenses leemos: «quien conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno».

<sup>20</sup> Hay un aspecto en el que Dios es, moralmente hablando, la medida de otros seres, y esta es una consideración que manifiesta el inmenso privilegio del hijo de Dios. Es el efecto que causa la gracia, que al ser nacido de nuevo y participar de Su naturaleza, el hijo de Dios es llamado a imitarle, a ser perfecto como el Padre es perfecto. Quien ama es nacido de Dios y le conoce, pues él es amor. Nos hace partícipes de su santidad, y como resultado somos llamados a imitarle como hijos amados. Esto demuestra los inmensos privilegios de la gracia. Es el amor de Dios en medio del mal, superior, que anda en santidad y también se regocija, de manera divina, en la unidad de los mismos goces y sentimientos. Por eso Cristo dice: «como *Nosotros* somos», y «en *Nosotros*» (Jn 17).

formado en justicia y santidad verdaderas. ¡Qué privilegio y bendición! Como dijo otro apóstol: «partícipes de Su naturaleza».

Adán no conocía nada de esto. Era perfecto como hombre inocente. El soplo de vida que Dios le insufló le hizo responsable de obedecer en algo en lo que el bien y el mal no contaban para nada, ni tenían por qué saberse. Solo se trataba de obedecer un mandamiento. La prueba era de obediencia, no de conocimiento del bien y del mal. En el presente, la porción de los creyentes en Cristo es la de participar en la naturaleza divina como seres que conocen el bien y el mal, tomando parte de manera activa en el bien soberano, y a un nivel moral en la naturaleza misma de Dios, aunque dependen siempre de él. Es nuestra mala naturaleza la que no es así, o la que, al menos, rehúsa depender de Dios, para el que el príncipe de este mundo se tornó totalmente un extraño. Además de participar de la naturaleza divina, está el Espíritu que nos dio. Estas solemnes verdades cuentan también como principios en estas exhortaciones. «No deis lugar al diablo», por un lado, quiere decir que no hay que dar pie a la carne, y por otro no debemos contristar el Espíritu Santo, el cual mora en nosotros.

La redención de la criatura no se ha producido todavía, pero habéis sido sellados para ese día: respetad y amad a este santo y poderoso Huésped que habita por gracia en vosotros. Haced cesar toda maldad y amargura, aun en palabra, y que la mansedumbre y la bondad reine en vuestro interior según el modelo que seguís de los caminos divinos. Sed imitadores de Dios.

Magnífico y hermoso privilegio, que emana de la verdad de que somos partícipes de su naturaleza y de que su Espíritu mora en nosotros. Son los grandes principios subjetivos del cristiano: el haberse despojado del viejo hombre y revestido del nuevo, y la morada del Espíritu Santo en él. Nada puede ser de mayor bendición que la norma de vida dada aquí al cristiano, basada en el hecho de que somos una nueva creación. Es algo perfecto, visto tanto de forma subjetiva como objetiva. Desde un punto de vista subjetivo, del sujeto, la verdad en Jesús es haberse quitado el viejo hombre para ponerse el nuevo, lo cual toma su norma referencial de Dios. Es creado según él en la perfección de Su carácter moral. Pero eso no es todo. El Espíritu Santo y divino, con el que somos sellados para el día de la redención, mora en nosotros y no deberíamos apagarlo. He aquí los dos elementos de nuestro estado: el nuevo hombre creado según Dios, y la presencia espiritual: se insiste en llamarlo el Espíritu de Dios porque es algo relacionado con el carácter divino.

Desde el punto de vista objetivo, el hombre nuevo es creado según Dios, y él mora en nosotros como pauta de nuestro camino y en relación con las dos palabras que describen sobradamente Su esencia: amor y luz. Tenemos que andar en amor, como Cristo nos amó y se dio a sí mismo a nosotros como sacrificio a Dios. *Por nosotros* es el amor divino; *a nosotros*, la perfección del objeto y del motivo. La ley parte del amor del yo como la medida del amor hacia los demás. Cristo pone completamente a un lado el yo y se da por nosotros, pero también a Dios. Nuestra indignidad intensifica el amor, pero por otra parte el afecto y los motivos toman su valor del objeto, donde el yo ha desaparecido por entero. Por decirlo de algún modo, nuestro amor mira arriba y abajo. Cuando en nuestros afectos miramos arriba, es tanto más noble el afecto por cuanto lo es el objeto; si miramos abajo, cuanto más indigno es el objeto más puro y absoluto es el amor. Cristo era perfecto en ambos sentidos y de manera absoluta. Se dio por nosotros y a Dios. Acto seguido, somos luz en el Señor. No podemos decir que somos amor, pues el amor es la bondad soberana de Dios; andamos en él como Cristo anduvo. Sin embargo, somos luz en el Señor porque participamos de la naturaleza divina. Esta es Su segunda esencia nominal. Cristo es nuevamente el modelo. Somos llamados a imitarle como hijos amados.

La vida de la que participamos y por la que vivimos como integrantes de la naturaleza divina, nos fue presentada de forma objetiva en Cristo en toda su perfección y plenitud. Ha sido presentada en el hombre, traído a la perfección de lo alto y según los consejos divinos que le relacionan con Cristo, la vida eterna, quien estaba con el Padre y se nos manifestó, el que descendiendo primero ascendió a los cielos para llevar allí Su humanidad y exhibirla en la gloria según los consejos eternos. Hemos visto esta vida en su desarrollo terrenal: Dios manifestado en carne, y un hombre perfectamente celestial, obediente en todo al Padre, induciéndole su

conducta para con los demás los motivos que caracterizan al Dios de gracia. Después de esto, él se manifestará en juicio, así como estuvo en la tierra y experimentó todo lo del hombre, comprendiendo cómo se adaptaba la gracia a nuestras necesidades. Exhibiéndola según este conocimiento, ejecutará en adelante el juicio con un conocimiento del hombre, y no solo divino, pues al haber atravesado este mundo en santidad dejará los corazones sin excusas.

La imagen de Dios en él es de lo que estamos hablando ahora. Es en él que la naturaleza que hemos de imitar se nos presenta en el hombre, como debería desarrollarse en nosotros y en las circunstancias que atravesamos. Vemos la manifestación de Dios en contraste con el viejo hombre, «la verdad que está en Jesús», salvo que *en nosotros* implica despojarnos del viejo hombre y revestirnos del nuevo, respondiendo a la muerte y resurrección de Cristo (cf 1P 3:18; 4:1). Así, a fin de atraer y motivar nuestros corazones, de facilitarnos el modelo según el que deben formarse y el objetivo que deben perseguir, Dios nos ha dado un objeto en el que se manifiesta y es todo su deleite.

La reproducción de Dios en el nuevo hombre es el objeto que él se propuso, y que el hombre se propone a sí mismo, como reproducción de la naturaleza y del carácter divinos. Hay dos principios para la senda del cristiano, según la luz con la que se mire. Empezando la carrera como hombre hacia el objeto de este llamamiento supremo, en la que sigue al Cristo ascendido al cielo, corre con un destino celestial. Las excelencias que debe obtener allí, y sus motivos, no son el aspecto que nos muestra Efesios. En la epístola, uno está sentado en los lugares celestiales y es como si tuviera que salir del cielo, como Cristo salió, para manifestar el carácter de Dios en la tierra. Somos llamados, en nuestra posición de hijos amados, a mostrar los caminos del Padre.

No fuimos creados de nuevo según lo que Adán había sido primero, sino conforme a lo que Dios es. Cristo es la manifestación de esta creación nueva y el segundo hombre, el postrer Adán<sup>21</sup>.

## Capítulo 5

Veremos en detalle estos rasgos característicos: la sinceridad, la ausencia de toda ira que, por el contrario, presenta la naturaleza del odio (la mentira y el odio son los dos rasgos del enemigo); la justicia práctica relacionada con la labor hecha por la voluntad divina (la verdadera posición del hombre); y la ausencia de corrupción. Tenemos al hombre bajo el gobierno de Dios desde la caída, liberado del efecto de la codicia engañosa, pero además se introduce un principio divino con el deseo de actuar bien para con los demás, de hacer bien al cuerpo y a la propia alma. Huelga decir con qué veraz exactitud tenemos aquí el ejemplo de la vida de Cristo, como en las notas anteriores habíamos visto el desposeernos del espíritu del enemigo y del viejo hombre. El espíritu de paz y amor —a pesar del mal en los demás y el daño que puedan hacernos— completan esta figura, añadiendo lo que será de fácil comprensión después de lo que ya hemos dicho, que perdonándonos unos a otros tenemos que ser imitadores de Dios y andar en amor, como Cristo nos amó y se dio a sí mismo por nosotros. Hermosa figura y preciado privilegio.

Que Dios nos conceda contemplar así a Jesús para tener su impronta y caminar en cierta medida como él. Observemos la importante característica de esta imagen de los frutos de la gracia y del nuevo hombre, que cuando abundan la gracia y el amor que descienden de Dios, y actúan en los hombres, siempre retornan con devoción al primero. Dice el apóstol: «andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros a Dios, como ofrenda

---

<sup>21</sup> Será provechoso destacar la diferencia de Ro 12:1,2 y esta epístola. Romanos contempla a un hombre vivo sobre la tierra, donde tiene que presentar su cuerpo como sacrificio vivo a Cristo y sus miembros a Dios. Aquí se ven los santos sentados en los lugares celestiales, de donde tienen que salir para presentarse delante de los hombres con el testimonio del carácter de Dios, andando como Cristo anduvo en amor y luz.

y sacrificio de olor fragante». Esto lo vemos en él, este amor descendido en gracia, que actúa en los hombres y los hacen entregarse a Dios en representación de otros. Así sucede en nosotros; constituye la piedra de toque de la actividad del corazón del cristiano.

Luego el apóstol habla claramente acerca del pecado, para que nadie pueda engañarse ni ocuparse de las profundas verdades para utilizarlas de manera intelectual (conocida señal de la llamada herejía) y descuidar la moral ordinaria. Las doctrinas más profundas de esta enseñanza se relacionan con la práctica rutinaria. Si Cristo, Cabeza de la asamblea, tiene que ser glorificado, será el modelo del nuevo hombre, el postrer Adán, y la asamblea, la habitación espiritual de Dios en la tierra, es una con él en los cielos, con quien está sellado cada cristiano. Si el cristiano ha aprendido realmente la verdad que hay en Jesús, sabrá que consiste en despojarse del viejo hombre y revestirse del nuevo, creado según Dios en justicia y santidad (del que Cristo es el modelo, según los consejos divinos en la gloria). Tendrá que crecer hasta la medida de la estatura de Cristo, la Cabeza, y no entristecer el Espíritu Santo que le da este sello. La revelación más plena de la gracia no menoscaba la verdad inmutable de que Dios tiene un carácter propio, sino que nos muestra este carácter por medio de las revelaciones más inestimables del evangelio, y mediante las relaciones más íntimas con él y formadas por las primeras. Este carácter no puede alterarse, así como tampoco toleraría el reino de Dios ningún rasgo contrario al mismo. La ira divina contra todo el mal y los que lo cometen se expone claramente.

Nosotros éramos lo contrario de Su carácter. No solo estábamos en tinieblas, sino que éramos tinieblas en nuestra naturaleza, lo contrario de Dios, que es luz. Ningún rayo de lo que él era se hallaba en nuestra voluntad, en nuestros deseos y entendimiento. Estábamos moralmente destituidos de este entendimiento. Había la corruptibilidad del primer Adán, pero ningún rasgo en común del carácter de Dios. Ahora somos participantes de su naturaleza, tenemos los mismos deseos y sabemos lo que él ama, lo amamos y gozamos de lo que él goza; somos luz —pobres y débiles en realidad— en el Señor, pero contemplados en Cristo. He aquí los frutos de la luz desarrollados en el cristiano, que deberá evitar toda asociación con las obras infructuosas de las tinieblas.

Cuando habla de los motivos, el apóstol vuelve a los grandes temas que le preocupan, y no solo los aborda para que nos revistamos del carácter que él ya ha descrito, sino para que seamos conscientes de todo su peso y experimentemos su energía. Nos contaba que la verdad en Cristo era revestirnos del nuevo hombre, en contraste con el viejo, y que no debemos apagar el Espíritu Santo. Esta vez exhorta a los que duermen para que despierten, que Cristo sea su luz. La luz manifiesta todas las cosas, pero el que duerme, aunque no esté muerto, no se aprovecha de ella. En cuanto a los sentidos y a toda recepción y comunicación de la mente, se halla en el estado de un hombre muerto. ¡Ay, qué tendencia tenemos a vernos atrapados por este sueño! La razón para despertar no era que ellos vieran una luz tenue, sino a Cristo, la luz de sus almas, y tuvieran la plena revelación de lo que le satisface, de lo que él ama, y adquirieran sabiduría divina para poder aprovechar las oportunidades que, en medio de los problemas de un mundo gobernado por el enemigo, pudieran iluminarlos y ellos actuaran con un entendimiento espiritual en cada situación. Si no querían ver dañados los sentidos con la excitación de los instrumentos mundanos, tenían que ser llenos del Espíritu y dejar que él tomara posesión de sus afectos, pensamientos y entendimiento para ser la única fuente que, acorde a su poderosa energía, excluyera el resto. De este modo, estando uno lleno de gozo experimentaría la alabanza y cantaría gozoso, dando gracias por lo que pudiera sobrevenirle, ya que un Dios amoroso era el verdadero origen de todo. Deberíamos llenarnos de gozo y ser conscientes, a nivel espiritual, de los objetos de la fe, ya que nuestro corazón continuaría llenándose del Espíritu y sustentándose con la gracia, y la experiencia de la mano divina generaría las acciones de gracias. De la mano del que confiamos, y cuyo amor conocemos, provienen los dones. Ser agradecidos es una prueba del estado del alma, puesto que la conciencia de que todo proviene de él y de una plena confianza en su amor, arrinconará nuestra voluntad para poder expresar la suya con un ojo sencillo.

Al entrar en los detalles de las relaciones y deberes personales, el apóstol no puede abandonar el asunto que tanto valora. El mandamiento que dirige a las esposas, de que tienen que someterse a sus maridos, suscita rápidamente la relación entre Cristo y la asamblea, no como objeto de conocimiento, sino para exhibir su afecto y amor tiernos. Vimos que después de establecer los principales puntos en la revelación de nuestra relación con Dios —nuestra vocación—, el apóstol colige las consecuencias prácticas respecto a la vida y conducta de los cristianos: tenían que andar revestidos del nuevo hombre, teniendo a Cristo por luz y no debían apagar el Espíritu, sino llenarse de él. Tratándose todo del fruto de la gracia, podían ser bien el conocimiento, bien una responsabilidad práctica.

Consideraremos este asunto desde otro punto de vista. Es la gracia divina la que actúa en Cristo, sus afectos, sus desvelos y devoción por la asamblea. No había nada más preciado, más tierno ni más estrechamente unido. Él amaba la iglesia, que es lo que origina todo. Hay tres pasos en esta obra de amor: se dio a sí mismo por ella, la lavó y se la presentó toda gloriosa, y no precisamente en la elección divina del individuo por parte de Dios, sino en el afecto manifestado en la relación que Cristo mantiene con ella. Veamos también el alcance del don y lo maravilloso de establecer esta relación de confianza<sup>22</sup>. Él se da, pero no se trata solamente de su vida, sino de él mismo. Todo lo que Cristo era nos ha sido dado y se nos dio en él: es la entera devoción y ofrenda de sí. Todo lo que hay en él —gracia, justicia, la aceptación con el Padre, la gloria excelente de su Persona, la sabiduría y energía del amor divino— se consagra al bienestar de la asamblea. No sobresale ninguna cualidad ni excelencia cristiana que no sea nuestra en el desempeño de este ejercicio, resultado del don de sí mismo. Nos las da él personalmente para bendición de la asamblea, que a fin de comprarla tuvo que entregarse por ella, haciéndolo posible su amor.

Sabemos bien que es en la cruz donde se cumplió esta ofrenda, donde completó la consagración de sí mismo para el bien de la asamblea. Aquí esta obra gloriosa no se contempla exactamente desde la óptica de su eficacia expiatoria y redentora, sino desde el punto de vista de su devoción y amor por la iglesia, los que Cristo manifestó y que no son alterados. Jesús (bendito y alabado sea) es mío gracias a la energía de su amor y a todo lo que él significa —en cualquier circunstancia y para siempre— con la actividad de ese amor con que se entregó. Él amó la asamblea y se dio por ella. He aquí el origen de todas nuestras bendiciones como miembros.

El amor de Cristo es inagotable e inmutable. Lleva a cumplimiento la bendición del preciado objeto preparándolo para una felicidad de la que Su corazón sea tanto la medida como el origen<sup>23</sup>, para una pureza perfecta y de cuya excelencia sea conocedor en el cielo: una pureza apta para la presencia divina y para aquella que estará eternamente allí: la esposa del Cordero. Una pureza que hace posible el gozo del puro amor y la gloria, al igual que el amor que tiende a purificar el alma dándosele a conocer y atrayéndola, desvistiéndola del yo y llenándola de Dios, como centro de bendición y gozo.

Es importante ver que Cristo no santifica la asamblea para hacerla suya, sino que la hace suya para santificarla. Primero es de él, luego se la hace apta. Amó la iglesia como si hubiera sido suya, pero la hizo de su propiedad después de entregarse y escoge tenerla según el deseo de su corazón, ocupándose de ella tras su adquisición. Se dio por ella para poder santificarla por el

---

<sup>22</sup> Haremos bien en fijarnos aquí en este carácter del amor, del amor en una relación establecida. La palabra de Dios es más exacta en sus expresiones de lo que generalmente pensamos, ya que la expresión tiene su origen en la cosa en sí. No se dice que Cristo amase al mundo, no tiene ninguna relación con él como tal. Dice «amó *tanto* Dios al mundo...», con lo que vemos hacia dónde se inclina Su bondad. No dice, en cambio, que amara la asamblea. La relación de la asamblea, como tal, es con Cristo, su esposa celestial. El Padre nos ama, somos sus hijos queridos. Dios, en su carácter, nos ama, pero del mismo modo Jehová ama a Israel, y por otra parte toda la ternura y fidelidad propias de la relación en la que Cristo se encuentra son nuestra porción, así como todo lo que el nombre del Padre significa en este sentido.

<sup>23</sup> Cuando digo, aquí y más arriba, que el amor de Cristo es su origen, no me refiero a como si el amor del Padre y los consejos de Dios no tuvieran cabida en él. Hablo de la bendición aplicada y llevada a cabo en la relación que se nos presenta en este pasaje, y que existe con Cristo. Sin embargo, se trata del mismo amor divino.



lavamiento del agua de la Palabra. Tenemos aquí el efecto moral producido por los cuidados de Cristo, como objetivo propuesto por él en su obra realizada en el tiempo, y los medios que emplea para lograrlo. Separa moralmente la asamblea cuando la ha hecho suya, dado que solo él puede desearle cosas santas según el conocimiento que tiene de la pureza, en virtud de su morada eterna y natural en los cielos. Después la pone en relación con el cielo, de donde él es y donde la introducirá. Se dio a sí mismo a fin de santificarla, y con este propósito utiliza la Palabra, la expresión de la mente divina, del orden celestial y de la santidad de la propia verdad, es decir, de la auténtica relación de todas las cosas con Dios, conforme a su amor en Cristo, y que en consecuencia, por lo que respecta a la pureza o el amor, juzga todo lo que se tuerce en la asamblea.

Él la forma para ser su esposa, una ayuda idónea en la que todo sea según la gloria y el amor divinos, por la revelación —a través de la palabra que de allí proviene— de lo que existe en el cielo. Ahora mismo Cristo es la plena expresión de estas cosas, la imagen del Dios invisible. Por tanto, comunicándose a la asamblea él se la prepara para sí. Hablando en este sentido de su propio testimonio, el apóstol dice: «hablamos lo que sabemos y testificamos de lo que hemos visto».

Tal como la hemos recibido de Jesús, esta es la Palabra; y más particularmente si lo consideramos desde un punto de vista celestial, con el carácter del nuevo mandamiento, una vez disueltas las tinieblas y amanecida la nueva luz; por consiguiente, es algo cierto no solo en él, sino en nosotros. (El ministerio del primer capítulo se ocupa de esto, de formar los corazones de los santos en comunión con la Cabeza, de la que descendieron la gracia y la luz). De esta manera, él santifica la asamblea, por la cual se dio. La formó para el cielo por la comunicación de las cosas empíreas, de las que él mismo es plenitud y gloria. Pero esta palabra se encuentra con que la asamblea está mezclada con cosas que son contrarias a esta pureza y amor celestiales. Ay, sus afectos —en cuanto al viejo hombre, al menos— se confunden con las cosas terrenales, contrarias a la voluntad divina y a la naturaleza de Dios. Así, al santificar la asamblea, debe ser también purificada. Esta es por tanto la obra del amor de Cristo durante el tiempo actual, para la eterna y esencial felicidad de la iglesia.

Él la santifica por la Palabra, comunicándole con amor las cosas celestiales, todo lo correspondiente a la naturaleza, a la majestad y a la gloria de Dios, al tiempo que las aplica para juzgar aquello que en sus momentáneos afectos no concuerde con lo que le comunica. Preciosa obra de amor, que no solo nos transmite todo sino que además se muestra activa para hacernos aptos para disfrutar de este amor y poder estar con Cristo en la casa paterna. ¡Con qué profundo interés nos mira! No solo cumplió la obra gloriosa de nuestra redención dándose a sí mismo, sino que continuamente obra con amor perfecto y condescendiente para hacernos de tal manera aptos que quiera tenernos en su presencia, en una posición adecuada a las cosas y los lugares celestiales.

¡Vaya carácter tiene esto de pertenencia a la Palabra, y qué gracia exhibe con su uso! Es la comunicación de las cosas divinas según esa perfección, como Dios las revela con su luz y la declaración que hace de sí mismo. Conocemos a un Cristo glorificado por un amor que nos va formando para gozar del mismo. Sin embargo, dicha perfección se nos da adaptada, en efecto, a su misma naturaleza, pues seguimos todavía en la tierra (cf Jn 1:4), por lo que el fin es transmitirnos estas cosas con la penetración de luz en medio de las tinieblas, juzgando forzosamente todo lo que hay en ellas con el objeto de purificarnos en amor.

Observad también el orden en que esta obra de Cristo nos es presentada, comenzando por el amor. Él amó la asamblea, que es, como dijimos, la causa de todo. Lo que viene a continuación es el resultado de este amor que aquella no puede negar. La prueba perfecta del mismo ha sido ya revelada: él se dio por la asamblea; más no podía dar; para la gloria del Padre, sí, no lo dudemos, pero fue por la asamblea. De haber reservado algo para sí mismo, el amor, al entregarse, no habría sido perfecto ni absoluto, ni habría tenido causa alguna de devoción que despertara deseos en el corazón. No habría sido Cristo, pues él no podía por menos que ser perfecto. Conocemos el amor y la perfección cuando le conocemos a él. Ganó el corazón de la

asamblea al darse a sí mismo por ella. Es suya conforme a este amor demostrado. En efecto, es ahí donde aprendemos qué significa el amor y por eso lo conocemos, ya que él se dio por nosotros. Todo fue para la gloria del Padre; sin esto no hubiera habido perfección, y la revelación de las cosas celestiales no habría sucedido, porque dependía de que el Padre fuera perfectamente glorificado. En esto fueron manifiestas y verificadas las cosas que tenían que ser reveladas, pese al mal existente, si así podemos expresarnos; pero todo es completamente para nosotros. Si hemos aprendido a conocer el amor, hemos aprendido a conocer a Jesús.

De esta manera, toda la obra del lavamiento y la santificación es el resultado de este amor perfecto. La obra no es el instrumento para obtener el amor o ser su objeto. En realidad, constituye el medio que nos capacita para disfrutarlo, pero es el propio amor el que en su ejercicio obra esta santificación. Cristo gana la asamblea primero. Después la hace ser de la manera que él quiere que sea —una preciada verdad en todos los aspectos— y, ante todo, para librar el alma de cualquier temor servil, a fin de otorgar a la santificación un carácter de gracia y un significado real. Es un gozo para el corazón saber que Cristo nos hace ser todo lo que desea que seamos.

Hemos considerado dos efectos del amor de Cristo por la asamblea. El primero fue su propio don, que en cierto sentido comprende al conjunto; es el amor perfecto dándose a sí mismo. El segundo es la formación moral del objeto de este amor para que pueda estar con él, y conforme, si podemos añadir, a las perfecciones de Dios, dado que es lo que la Palabra realmente es: la expresión de la naturaleza, los caminos y los pensamientos divinos.

Aún hay un tercer resultado del amor de Cristo que completa la asamblea. Él se la presenta gloriosa, sin mancha ni arruga. Si se dio por ella lo hizo para tenerla con él, pero si quería que fuese así, debía darle la aptitud de estar en su gloriosa presencia, por lo que la santificó conforme a la revelación de Dios y de las cosas celestiales, de las que él es el centro glorioso. El Espíritu Santo toma las cosas de Cristo y se las revela, y todo lo que el Padre tiene es de Cristo. Así perfeccionada, según la perfección del cielo, se la presenta gloriosa. En el plano moral, se había hecho la obra; los elementos de la gloria celestial le habían sido comunicados para poder estar en esta gloria, y entraron en su ser moral formándola para que participase de ello. El poder del Señor es necesario para glorificarla, para destruir todo rasgo de su morada terrenal, salvo el fruto excelente resultante. Él se la presenta gloriosa y este es el resultado. La tomó para sí como el fruto y la prueba de este amor perfecto, y para ella significaba disfrutar de forma perfecta de dicho amor. Esta frase nos descubre todo el significado de esta admirable exhibición de la gracia. El Espíritu nos retrotrae al caso de Adán y Eva, cuando Dios, tras haber formado a la mujer, la lleva al hombre como una ayuda idónea a su naturaleza y condición. Ahora bien, Cristo es Dios, y él ha formado la asamblea con este derecho adicional en su corazón: que se ha dado a sí mismo por ella; Él es asimismo el último Adán en la gloria; se la presenta glorificada, como fue formada para él. ¡Qué desarrollo en esta revelación de los afectos espirituales, y qué gracia infinita la que ha dado lugar al ejercicio de estos afectos!

No debemos pasar por alto la relación entre el lavamiento y la gloria, esto es, que el lavamiento es conforme a la gloria, llevado a cabo por esta, y la gloria la culminación del lavamiento, al igual que todas sus respuestas. El lavamiento se hace por la Palabra, que revela la gloria y mente divinas. Presentada en la gloria, la asamblea no tiene ni mancha ni arruga, es santa e irreprochable. Esta es una verdad muy importante y consta en otros lugares. Comparad 2Co 3:18 y Fil 3:11 hasta el final, y 1Ts 3:13. Lo que allí está completo en la gloria se efectúa en el alma por el Espíritu en el momento actual por la operación de la Palabra.

Estos son, pues, el propósito y la mente del Señor respecto a la asamblea, y esta la obra santificadora que la prepara para él y el cielo. Pero estos no son todos los resultados de su amor: él vela con ternura por ella durante el tiempo de su peregrinación.

El apóstol, que no pierde el hilo de la tesis que suscitó esta digresión tan instructiva, dice que el marido debe amar a la mujer como su propio cuerpo, que esto es amarse a uno mismo. Naturalmente, llegó a esta afirmación por una alusión al Génesis, pero al poco vuelve al asunto que le ha tenido ocupado. Dice que nadie aborreció su propia carne, sino que la sustenta y la

trata con cariño, como también Cristo a la iglesia. Este es el preciado aspecto del amor cristiano en el tiempo, y aquí lo da a conocer el apóstol. No solo tiene Cristo una meta celestial, sino que su amor lleva a cabo la obra que, por decirlo de algún modo, es connatural a la asamblea. Con cariño la cuida y la alimenta. La necesidad y la debilidad, así como sus dificultades y ansiedades, son solo ocasiones de que Cristo pueda ejercitarle su amor. La asamblea necesita alimento igual que nuestros cuerpos, y él se lo da. Es el objeto de sus tiernos afectos. Si la meta es el cielo, la asamblea no resulta abandonada. Se alimenta del amor de Cristo cuando el corazón lo necesita. De este amor disfrutará plenamente tan pronto como haya pasado para siempre la necesidad temporal. Es maravilloso saber que Cristo la cuidará como un marido cuida su propia carne, y nosotros somos miembros de su cuerpo. Somos de su carne y de sus huesos (en alusión a Eva). Somos, como si dijéramos, una parte de él mismo, obteniendo nuestro ser de él, como Eva de Adán. Nuestra posición es, por una parte, la de miembros de su cuerpo, y por otra derivamos nuestra existencia de él como cristianos. Por lo tanto, se deduce de todo ello que un marido tiene que dejar sus relaciones naturales para poder unirse a su mujer. Este es un gran misterio. Y fue precisamente lo que Cristo hizo como Hombre, en cierto sentido y de modo divino. De todas formas, cada uno debería amar así a su propia mujer y ella venerar a su marido.

## Capítulo 6

Quedan ciertas relaciones de la vida con las que establecer una conexión con la doctrina del Espíritu de Dios: la de los hijos con los padres, la de los padres con los hijos y la de los siervos con los maestros. Es interesante ver, como objetos del cuidado del Espíritu Santo, a los hijos de los creyentes. También los esclavos —pues los siervos eran esclavos— son elevados por el cristianismo a una posición donde no podían afectarles las circunstancias de su degradación social.

Los hijos de los cristianos son los destinatarios de las exhortaciones del Señor, apropiadas para aquellos que están dentro de la casa de Dios y no son más de este mundo, del que Satán es el príncipe. Dulce y preciado consuelo para el padre que puede considerar a sus hijos con derecho a esta posición y a la parte de los tiernos cuidados prodigados por el Espíritu Santo. El apóstol resalta la importancia que Dios daba en la ley a este deber. Es el primer mandamiento con el que se vincula una promesa. El versículo 3 es solo la cita de lo que alude el versículo 2. La exhortación a los padres es también digna de mención: no debían provocar a sus hijos, sino volcar en ellos su corazón, no rechazarlos ni destruir esa influencia divina, que era la más firme salvaguarda ante el mal del mundo. Dios forma el corazón de los hijos en torno a este feliz centro, por el que debe velar el padre. El padre cristiano —se refiere siempre a los que están dentro— debía reconocer la posición a la que, como ya hemos visto, son llevados los hijos para criarlos bajo el yugo de Cristo, en la disciplina y admonición del Señor. La posición cristiana tiene que medir y dar forma a la influencia ejercida por el padre, a la educación que le da a sus hijos. Debe tratarlos y educarlos para el Señor, según la manera en la que el Señor los educaría.

Destacaremos que en estas dos relaciones que estamos considerando, así como en las de las esposas con sus maridos, empieza la exhortación con la sumisión que debe una de las partes. Este es el carácter del cristianismo en el malvado mundo, donde la voluntad del hombre es el origen de todo el mal y donde se hace evidente su alejamiento de Dios, al que le debe toda la sumisión. La sumisión y obediencia son el principio curativo de la humanidad: solo Dios debe tener cabida en él para evitar que la voluntad humana sea la que dirija. El principio que gobierna el corazón para hacer el bien debería ser, ante todo y de forma constante, la obediencia. Me veo obligado a decir que Dios tiene que ser obedecido antes que el hombre, pues desviarse de la obediencia es cometer pecado. Alguien podrá dar órdenes como padre y gobernar su casa, pero lo hará desviadamente si no se sujeta en obediencia a Dios y a la Palabra. Esta fue básicamente la vida de Cristo: «he aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad». Por consiguiente, el

apóstol comienza sus exhortaciones sobre las relaciones con un precepto general: «someteos los unos a los otros».

Esto lo hace todo más fácil, aun cuando el orden de las instituciones y de la autoridad pueda fracasar. La sumisión y la obediencia moral nunca pueden estar ausentes del verdadero cristiano. Son el punto de partida de toda su vida, dado que es santificado para la obediencia de Cristo (1P 1:2).

En el caso que nos ha llevado hasta estas declaraciones, es sorprendente ver cómo este principio eleva al esclavo de su condición, que obedece por medio de una fórmula divina interior como si fuera el propio Cristo al que estuviera obedeciendo. Por muy malvado que sea su amo, le obedece como si se lo debiera a otro. Tres veces reitera el apóstol este principio de la obediencia y el servicio cristiano, y añade: «haciendo de corazón la voluntad de Dios. ¡Menuda diferencia en la pobre condición del esclavo! Nacido bien libre, bien para servir, cada uno recibiría su galardón celestial. El amo tenía su propio Amo en el cielo, quien no hace acepción de personas. Es a los amos a los que él se dirige aquí, no a los esclavos, dado que el cristianismo mantiene un delicado equilibrio y nunca falsea sus principios. El amo tenía que tratar al esclavo de forma equitativa y justa —como podía esperarlo del otro— y olvidarse de las amenazas.

Es sorprendente cómo la doctrina divina se introduce en los detalles de la vida y libera la fragancia de las obligaciones en las relaciones; cómo sabe reconocer las cosas que ya existen, hasta dónde pueden ser reconocidos y dirigidos sus principios; que ensalza e intensifica el valor de todo según la perfección de los mismos, tocando no las relaciones, sino el corazón del hombre que anda en ellas, y basándose en el aspecto moral y de la sumisión en el amor, ejerciendo la autoridad que puede regularse por la doctrina divina y presentando la gracia que gobierna el empleo de la autoridad de Dios.

No solo se debe a que haya una línea de conducta a seguir y un modelo a imitar, ni un Espíritu del que uno pueda sentirse lleno; no son solamente las relaciones entre uno y Dios, y aquellas que tenemos aquí abajo. Esto no es todo lo que debería tener ocupado al cristiano, ya que tiene enemigos que combatir. El pueblo de Israel guiado por Josué a Canaán entró definitivamente en la tierra prometida, pero permaneció en conflicto con enemigos que estaban allí desde mucho antes, aunque no tuvieran el mismo derecho que ellos de poseerla por el don divino. Dios la dispuso para Israel (cf Dt 32:8), pero fue Cam quien antes había tomado posesión del territorio.

Respecto a nosotros, no tenemos lucha con carne ni sangre, como sucedía con ellos. Nuestras bendiciones son espirituales en los lugares celestiales. Estamos sentados allí y somos un testimonio para los principados y potestades en un lugar donde tenemos que luchar con las maldades espirituales. Israel atravesó el desierto y cruzó el Jordán, pero entonces se terminó el maná y tuvieron que comer el maíz de la tierra. Se establecieron en Canaán, sin presentar batalla a nadie y la poseyeron como si fuera suya, y en las llanuras de Jericó se alimentaron del producto de esta buena tierra. Lo mismo sucede con los cristianos. Hemos cruzado el río, hemos muerto y estamos resucitados con Cristo, sentados en los lugares celestiales con él para poder disfrutar de las cosas del cielo como los frutos de nuestro país. Sin embargo, el conflicto continúa ante nosotros si deseamos disfrutar de este fruto en la realidad. La promesa proviene de toda clase de bendición de la tierra prometida, no importa dónde pongamos la planta del pie (Jos 1). Para ello necesitaremos la fuerza del Señor, de la que habla el apóstol: «robusteceos en el Señor». El enemigo es sutil. Tenemos que resistir sus estratagemas más aún que su poder. Ni la fuerza y ni siquiera la sabiduría del hombre pueden hacer nada al respecto. Debemos ponernos el equipo, toda la armadura de Dios.

Se verá, en primer lugar, que el Espíritu dirige nuestros pensamientos a Dios antes de hablar de lo que tenemos que vencer. No se trata tanto de refugiarnos del rostro del enemigo como de contar con un refugio antes del enfrentamiento. Si quiere gozar de sus privilegios de cristiano, en la intimidad de los consejos y de la gracia de Dios, el hombre se robustecerá para la guerra que no puede evitar. Para ello deberá ponerse toda la armadura de Dios. Olvidar una pieza sería quedar expuesto a Satanás por ese flanco. La armadura debe ser divina en su

naturaleza. Una humana no nos guardará de los ataques del enemigo, y si confiamos en ella provocará nuestra caída en el combate con un espíritu más fuerte y astuto que el nuestro.

Estos enemigos comparten las características de las potestades y principidades, seres que poseen una energía maligna originada en una voluntad ducha en ganar a quienes no saben cómo resistirlos, y tienen también el poder para llevarla a cabo. Su energía proviene de Dios, pero la voluntad para acometerla es suya, pues a él le han abandonado. La fuente de sus acciones reside en ellos. En este sentido, se trata de un principio de acción independiente de Dios, y la energía y cualidades divinas que poseen son meros instrumentos para acometer su propia voluntad de un modo irrefrenable, a menos que se la detenga desde fuera. Son principados y potestades. Hay que son buenos, pero cuya voluntad estriba en hacer lo que Dios quiere y utilizar para su servicio la fuerza que han recibido de él.

Estos principados y potestades gobiernan las tinieblas de este mundo. La luz es la atmósfera en la que Dios habita y difunde a su alrededor. Los malos espíritus engañan y reinan en las tinieblas. Este mundo, que no posee la luz divina, está completamente a oscuras, y los demonios lo gobiernan porque Dios no está en él, salvo quizá en el poder supremo, haciendo que todo salga para su gloria y el bien de sus hijos. Los principados que gobiernan las tinieblas mundanas no poseen meramente una fuerza exterior; viven en los lugares celestiales, ocupados en su maldad y ejerciendo una influencia espiritual, al tiempo que ostentan el lugar de dioses. En primer lugar, tenemos su carácter intrínseco, su modo de ser y el estado en que se encuentran; en segundo lugar, su poder en el mundo, al que gobiernan, y en última instancia su supremacía religiosa y engañadora ubicada en los lugares celestiales. También habitan en una esfera donde ejercen el poder y la codicia del hombre, e incluso le infunden terror en su conciencia.

Para resistir a enemigos como estos necesitamos la armadura de Dios. Las manifestaciones de este poder, cuando Dios deja que se cumplan, son los días malos. Todo este periodo actual de la ausencia de Cristo constituye, en un aspecto, el día malo. Él fue rechazado por el mundo, del que era la luz, mientras que ahora está oculto. El poder que exhibió el enemigo guiando al mundo a rechazarle sigue ejerciéndose aún, y nosotros nos oponemos a él por la acción y poder del Espíritu Santo, que sigue con nosotros mientras está ausente el Señor. Hay momentos en que este poder tiene libertad para manifestarse de una manera especial, cuando el enemigo nos pone el mundo en contra y oscurece la luz de Dios que brilla en él, angustiando y desviando las mentes de la gente religiosa y también de los creyentes. Son días, en una palabra, en los que se hace sentir terriblemente este poder. Tenemos que luchar contra él para resistirlo y hacer frente a todo cuanto viene de malo, tras haber confesado a Cristo y la luz. Debemos implicarnos en lo que significa la confesión de su nombre, cueste lo que cueste, y que seamos hallados firmes cuando la tormenta y el mal tiempo hayan pasado.

No hemos de disfrutar en paz solo de Dios y de sus consejos, pues dado que estos consejos nos introducen en los lugares celestiales y nos hacen ser Su luz en la tierra, también hemos de saber enfrentarnos con las maldades espirituales que hay allí y que intentan desacreditar nuestra elevada posición para desviarnos y debilitar la luz de Cristo. Debemos buscar el medio de evadir las trampas de tales maldades y mantener el testimonio puro e incorrupto<sup>24</sup>.

Por el poder del Espíritu Santo, que se nos ha dado para este propósito, descubriremos que la armadura de Dios se refiere primero a aquello que, tras dejar de lado la carne y mantener la existencia de una buena conciencia, arrebatada toda la fuerza al enemigo; después está relacionada con mostrar una plena confianza, y de manera objetiva, en Dios, y por último tenemos la relación con él, que nos hace confiar en esta energía activa en presencia del enemigo utilizando las armas del Espíritu Santo. La armadura de defensa, nuestro propio estado, viene

---

<sup>24</sup> Lo que tenemos que vencer son las artimañas del diablo. Su poder sobre nosotros no tiene ningún valor. Puede soliviantar al mundo para que nos persiga, con él mismo como león rugiente, pero en cuanto a nuestras tentaciones personales, si le resistimos huirá de nosotros. Sabe que se enfrentó con Cristo y que él le venció. Sin embargo, sus ardidés están siempre ahí.

en primer lugar. El conjunto finaliza con la expresión de la completa y continua dependencia de Dios, donde se encuentra el guerrero cristiano.

Examinemos esta armadura para conocerla mejor. Es totalmente práctica, fundada en lo que ha sido cumplido, pero práctica en sí misma. No es una cuestión de comparecer ante el tribunal de Dios, sino de resistir al enemigo y que no gane terreno.

Delante de Dios, nuestra justicia es perfecta. Somos la justicia divina en Cristo. Allí no precisamos armadura, estamos sentados en los lugares celestiales, todo es paz y felicidad, pero en la tierra sí la necesitamos, y tiene que ser real y totalmente práctica. Ante todo, debemos ceñirnos los lomos con la verdad. Los lomos son el sitio donde se almacena la fuerza cuando están ceñidos debidamente, sin embargo representan también los sentimientos íntimos del corazón. Si dejamos que nuestro corazón deambule, en lugar de quedarse quieto en la comunión con Dios, somos presa fácil de Satanás. Esta pieza de la armadura es la aplicación de la verdad a los sentimientos más íntimos, los del corazón. Nos ceñimos los lomos, pero no cuando está presente Satanás, sino cuando Dios está delante, aplicando la verdad a nuestras almas y juzgando las cosas en nosotros, poniendo freno al corazón para que pueda controlarlo el ojo. Esta es la auténtica libertad y gozo, pues el nuevo hombre disfruta de Dios en una comunión ininterrumpida. Con todo, el Espíritu habla de la salvaguarda contra los ataques enemigos. Al mismo tiempo, no se trata exclusivamente de reprimir los malos pensamientos, resultado de estos ataques, sino que con la verdad y el poder divino que actúa revelándonos las cosas —las que él nos enseña— llevemos la conciencia hasta su presencia y la guardemos en su modo de pensar. Todo lo que Dios ha dicho en su Palabra son esas realidades invisibles que se aplican con vigor al corazón que palpita dentro de nosotros, de manera que sus sentimientos deberían obtener su carácter de la palabra de Dios y no de nuestros propios deseos, trayendo todo a la presencia divina.

Satanás no puede hacer mella en un corazón guardado por la verdad, como Dios la ha revelado. No hay nada que pueda, en sus deseos, corresponder a las sugerencias satánicas. Tomemos a Jesús como ejemplo. Su salvaguarda no era juzgar todo lo que Satanás decía. En el desierto, al principio de su ministerio público —salvo en la última tentación— constatamos la perfecta aplicación a sí mismo de la Palabra, en lo concerniente a su conducta y a las circunstancias que le rodeaban. La verdad gobernaba su corazón, de modo que se dejó conducir por ella en las diversas situaciones: «no solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Ninguna palabra sale de él sin que produzca nada, pero no había motivo para actuar. Hubiera sido hacerlo de propio acuerdo, de propia voluntad, pero esa verdad le mantuvo en comunión con Dios en la situación en que se encontraba. Cuando surgieron los motivos para ser tentado, su corazón ya estaba en comunión con él, de manera que no existían otros impulsos que los sugeridos por la Palabra de verdad. Su conducta era puramente negativa, pero producida por la luz que la verdad arrojaba sobre las circunstancias, y su corazón permanecía bajo el control absoluto de la verdad. La sugerencia de Satanás le hubiera sacado de esta posición, lo que habría bastado para apartarle de la obediencia, pero él no quiere tener nada que ver y sigue sin alejar aún a Satanás, dado que era una cuestión de conducta, no de flagrante oposición a la gloria de Dios. En última instancia, decide alejarlo, momento en el cual Jesús ha venido obrando según la mentalidad divina y sin preocuparse por nada. En consecuencia, el engaño satánico fracasa. Simplemente no produjo nada; se encontró totalmente desprovisto de poder frente a la verdad, porque no es veraz, pero en cambio el corazón tenía la verdad como norma. Las artimañas nunca son veraces, pero basta que dejemos el corazón desprotegido para vernos atrapados en ellas.

En segundo lugar, tenemos la coraza de justicia: una conciencia que no tiene nada que reprocharse. El hombre natural sabe cómo una mala conciencia es capaz de desprestigiarle delante de la gente. Solo falta añadir aquí la manera en que Satanás la utiliza para atraparlo. Si mantenemos la verdad, tenemos a Satán por enemigo, y si nos damos al error nos dejará en paz, pero seguirá utilizando nuestras faltas y pecados para esclavizarnos aún más y atarnos de pies y manos con falsedades. ¿Cómo puede alguien que tiene la verdad, o que tal vez haya logrado

escapar del error, soportar que una mala conducta le deje en evidencia delante de todos? Enmudecerá ante el enemigo, y si es recto su conciencia también le evitará decir nada y sin pensar en las consecuencias, a menos que sea necesaria una confesión. Si es así, la fortaleza divina y un entendimiento espiritual dejarán de asistirle, pues ¿dónde los podría conseguir con los malos pasos que ha dado? Tenemos la habilidad de estar firmes cuando poseemos una buena conciencia, pero cuando andamos con Dios, por causa de su amor y la justicia llevamos esta coraza y no conocemos el temor si nos llama a enfrentarnos con el enemigo, ganando así Su favor por la sangre del Cordero. Al andar con él, la mostramos ante los hombres por la comunión, a fin de obtener con creces fuerza y entendimiento espiritual. He aquí la energía que produce la buena conducta, una conciencia libre de reproches. El apóstol dijo que él siempre se ejercitaba para esto. Qué íntegro camino y corazón sincero cuando nadie nos ve. Somos tajantes con nosotros mismos, con nuestro propio corazón y conducta, por eso tenemos paz en nuestros caminos. Dios también está en ellos. Andad así, dice el apóstol, y el Dios de paz estará con vosotros. Si los frutos de la justicia se siembran en paz, hallaré justamente esta senda, pero si tengo mala conciencia me aflijo y desato mi mal carácter con los demás. Cuando el corazón tiene paz con Dios, no tiene nada que reprocharse y la voluntad es controlada, la paz reina en el alma. Andamos en esta tierra con el corazón en comunión con las mejores cosas de arriba, pacíficamente con todos y nada perturba nuestras relaciones con el Dios de paz, y la paz de Jesús llena el corazón. Los pies se calzan con ella y caminamos en este espíritu.

Junto con todo esto, se necesita una pieza más de la armadura de defensa para que seamos capaces de resistir, no obstante las astucias del enemigo. Una pieza mantenida en buen estado tras su uso en anteriores confrontaciones, de modo que si la consideramos esencial será porque también utilizamos las otras. Hablo del escudo de la fe, es decir, de una plena y absoluta confianza en Dios, de la conciencia que tenemos de la gracia y del favor almacenados en el corazón. La fe no es simplemente recibir el testimonio divino, aunque sea la base, sino la seguridad de la relación con aquello que Dios es para nosotros, basado, como hemos dicho, en el testimonio que él ha dado de sí mismo, de la confianza en su amor y fidelidad, así como de la confianza en su poder: «si nuestro corazón no nos reprocha nada, tenemos confianza delante de Dios». La obra del Espíritu en nosotros es para inspirarnos esta confianza, que cuando existe, todos los ataques del enemigo, que busca hacernos creer que la divina bondad no ofrece tanta seguridad, resultan infructuosos en sus intentos por destruir o debilitarla en el corazón, para esconderla de nuestra mirada. Sus flechas caen al suelo y no nos alcanzan. Permanecemos firmes en la conciencia de que Dios es por nosotros y nuestra comunión no se ve interrumpida. Los fieros dardos del enemigo no son los deseos de la carne, sino ataques espirituales.

Así pues, podemos avanzar con la cabeza levantada, pues nuestra valentía moral y energía van delante. No se trata de que no haya nada de qué jactarnos, sino que solo la salvación y la liberación divinas permanecen frescas en la mente. Dios ha sido y es por nosotros, ¿quién puede estar en contra? Él estuvo de nuestro lado cuando no teníamos fuerzas y fue nuestra salvación cuando no podíamos hacer nada. Esta es nuestra confianza, que no nos miramos a nosotros mismos y llevamos el yelmo de la salvación sobre la cabeza. Las otras piezas de la armadura nos dan libertad para disfrutar de las dos últimas.

Provistos de la impedimenta que nos protege en el camino, confiando en Dios y en el conocimiento que derivamos de ello, estamos en estado de utilizar las armas defensivas. Utilizaremos una contra el enemigo, que no podrá resistir si sabemos cómo manejarla. Recordemos el conflicto del Señor con Satanás: la palabra de Dios. Jesús respondió con ella y con el poder espiritual. Le mantuvo en su verdadera posición como hombre obediente en medio de las circunstancias. Satanás no puede hacer nada si mantenemos esta posición. Si nos tiente para desobedecer abiertamente, no es ninguna astucia que no podamos prever. Actuó así con el Señor, pero incapaz de hacer nada más, se manifestó tal como es y el Señor le alejó con la Palabra. Satán carece de poder cuando se manifiesta como es. Tenemos que resistir las artimañas del enemigo, y es nuestra tarea actuar por la Palabra pase lo que pase. El resultado mostrará que la sabiduría de Dios está en ella. Observemos que esta espada es la palabra del

Espíritu, no la inteligencia ni la capacidad humanas, aunque sea el hombre quien las utilice. Podrá tener muy templada su espada, pero no podrá desenvainarla y empuñarla si el Espíritu Santo no actúa en él. Las armas son espirituales, utilizadas por el poder del Espíritu. Dios es el que habla, por débiles que sean los instrumentos.

La espada también se utiliza de forma activa en la guerra espiritual, en la que juzga todo lo que nos es contrario. En este sentido, es tanto defensiva como ofensiva. Detrás de esta armadura hay un estado, una disposición y unos medios enérgicos que vivifican y otorgan poder al resto: la dependencia completa de Dios, sumada a una continua confianza en él, expresada por la oración: («orando en todo tiempo»). Cuando es algo real y siento que no puedo hacer nada sin Dios, que él quiere mi bien, la oración se expresa buscando la fuerza en Aquel en quien confía. Es el movimiento del Espíritu en el corazón a través de la comunión con Dios, de modo que nuestras batallas se libran en la comunión de su fuerza y favor, con la conciencia de que no podemos hacer nada y que él lo ha hecho todo: «en todo tiempo», «con toda súplica». Esta oración es la expresión de la necesidad humana, del deseo del corazón, de la energía que da el Espíritu y de la confianza en Dios. Como es un acto espiritual, abarca a todos los santos. Jesús no se olvida de nadie. El Espíritu responde a los afectos cristianos y los reproduce en nosotros. Debemos velar y ser diligentes con el objeto de utilizar esta arma, evitar todo lo que podría hacernos desviar de Dios, aprovechando cualquier oportunidad para encontrar, por la gracia del Espíritu y la diligencia, la ocasión de orar y no andar distraídos<sup>25</sup>.

El apóstol pide de corazón por esta intercesión de parte de los efesios, sintiendo su propia necesidad y aquella que él deseaba que expresaran por Cristo.

La misión de Tíquico reafirmaba la seguridad de Pablo en el interés que despertaba en ellos el amor de los efesios, cuando esperaba noticias de aquel, en lo que él mismo sentía al preguntar por su bienestar y estado espiritual. Es una emotiva expresión de confianza en el afecto de los efesios, lo que llevaba su corazón a esperar lo mismo de los demás.

Presenta a los efesios disfrutando de los privilegios más elevados en Cristo y capaces de apreciarlos. No les imputa ninguna culpa. La armadura —con la que repelen los ataques del enemigo y crecen en paz hacia la Cabeza, con toda la pieza protectora de Dios— era naturalmente lo último que tenía que presentarles. Démonos cuenta de que no les habla en esta epístola de la venida del Señor. Supone a los creyentes en los lugares celestiales en Cristo, no atravesando el mundo y aguardando que él venga a arrebatarnos para restaurar la felicidad en la tierra. Lo que es objeto de espera en esta epístola es la reunión conjunta de todas las cosas bajo Cristo, su verdadera Cabeza, conforme a los consejos divinos. Las bendiciones y el testimonio están en los cielos, la iglesia está sentada allá arriba y la guerra se libra en ellos.

El apóstol repite su deseo de paz para los efesios, amor y fe. Concluye su epístola con los saludos de costumbre ofrecidos de su propia mano.

La epístola es una exposición de los privilegios y posición de los hijos, y los de la asamblea en su unión con Cristo.

---

<sup>25</sup> La oración se fundamenta en el inmenso privilegio de compartir intereses comunes con Dios, respecto a nosotros y a todos los que son suyos, y en efecto, para la gloria de Cristo. Un pensamiento sublime y de gracia inefable.